

ECOS DEL AGUA ETERNA. ENTRE EL TAJO Y EL ALAGÓN

José Antonio Ramos Rubio

T Tau
Editores

Ecos del agua eterna: Entre el Tajo y el Alagón

Primera edición: 2025

© del texto: José Antonio Ramos Rubio

© de esta edición:

TAU EDITORES

Cuesta de Aldana, 6

10003— Cáceres

www.taueditores.es

Impreso en España – Printed in Spain

I.S.B.N.- 979-13-991162-6-7

Depósito legal: CC-000277-2025

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

A mi madre, Josefa
In Memoriam

Índice

I.- El río Alagón y sus sombras: navegando el alma del río.....	9
1.- Ceclavín y los Canchos de Ramiro.....	9
Ceclavín.....	19
2.- Zarza la Mayor	26
3.- Alcántara	39
4.- Mata de Alcántara	54
II. El río que nunca muere: aventuras en el Tajo	61
1.- Mirabel.....	73
2.- Serradilla.....	97

I

El río Alagón y sus sombras: navegando el alma del río

1.- Ceclavín y los Canchos de Ramiro

El barco de tipo pontón, sólido y de líneas simples, descansaba sobre el embarcadero de Ceclavín, en una mañana que ya anticipaba la llegada del calor de la tarde. Su casco, pintado de blanco con toques de azul desvaído por el sol y la salitre, parecía un viejo vagón de tren detenido, esperando que alguien lo empujara a la aventura. Era un barco de lujo, de esos que se encuentran en los folletos turísticos, testigo de un tiempo que se había olvidado, destinado a surcar las aguas del río con la misma tranquilidad que un viejo marinero que ha visto demasiados amaneceres.

El embarcadero de Ceclavín, de madera gastada por el tiempo, como una lengua de madera que trataba de alcanzar las aguas del Alagón. A esa hora de la mañana, el río se mostraba apacible, casi reverente, con sus aguas de un verde claro que reflejaban el cielo limpio de la sierra. La orilla, cubierta de juncos y maleza, parecía no haber cambiado en siglos. La quietud del paisaje, interrumpida solo por el canto lejano de algún mirlo, dejaba entrever la quietud de un mundo que aún no había cedido por completo al incesante paso del hombre.

El motor del pontón rugió tímidamente, una queja sorda que parecía pedir permiso antes de comenzar su jornada. El embarcadero crujió bajo el peso del barco mientras se despegaba de la orilla, y el agua, al rozar el casco, emitió un leve susurro, como si el río también tomara conciencia de que su cauce iba a ser perturbado por una travesía que nunca había sido suya.

Poco después, el pontón se deslizaba por las aguas del Alagón, con el lento vaivén de los barcos que no tienen prisa por llegar a ninguna parte. A medida que nos adentrábamos en el río, los primeros vestigios de fauna y flora se dejaban ver, buitres leonados y alguna que otra cigüeña negra nos acompañaban. En las orillas, los juncos altos, de un verde casi fosforescente, se mecen con la corriente, acompañados por algunas flores silvestres que se aferraban a las rocas con la obstinación de los que saben que esta es la única vida que les está permitida. Las aguas del Alagón, plácidas, se sumían en los recodos, dejando que el barco las cortara suavemente como una cuchilla de papel.

En las ramas de los alisos, sobre el río, se podría observar varias pardillas y barbos, móviles pero vigilantes, como centinelas de un reino olvidado. El alimoche,

el milano real o el águila calzada, no parecían temer la cercanía del barco, se mantenían quietas, observando con ojos inquisitivos pero tranquilos. De vez en cuando, alguna levantaba el vuelo, cruzando el cielo sin prisa, como si todo el mundo tuviera tiempo para esperar a que algo importante ocurriera, pero sin saber qué.

En el fondo, las montañas que flanquean el cauce del Alagón eran un relieve difuso, como si la niebla del amanecer no hubiera querido abandonar las alturas. La vegetación en las orillas, una mezcla de encinas, olivos y arbustos espinosos, acompañaba el paso lento del pontón, que dejaba una estela mínima en las aguas, como una firma invisible. El río, como siempre, parecía tener un secreto, uno que nunca podría revelarse completamente a los ojos del hombre.

Llegamos a nuestro destino, al “gigante de los gigantes”, a los canchos de Ramiro, donde las curvas se perdían en el horizonte. En este punto, la aventura había comenzado. No en busca de tesoros perdidos ni en territorios desconocidos, sino en la simple travesía de un río que, por alguna razón, parecía contar historias que solo podían ser entendidas por aquellos dispuestos a escuchar, a mirar más allá de las aguas claras, hacia la naturaleza salvaje que aún quedaba allí, intacta, entre los pliegues del paisaje.

Precioso enclave con una original estructura en forma de cañón, rodeado de un espectacular entorno natural, en el que coexiste una inmensa variedad de flora y fauna típicos de la dehesa extremeña y de los bosques mediterráneos. Una postal idílica que, al igual que el puente romano de Alcántara, *“perdurará hasta el final del mundo”*.

El viento, rudo y terco, azotaba la orilla del Alagón con la furia de un puño cerrado. El río, más bravo que apacible, arrastraba sus aguas oscuras como si en su caudal se ocultaran secretos que no estaba dispuesto a compartir con nadie. Aquellos que lo conocían, los pocos que se atrevían a hablar del viejo Alagón sin temor a su carácter imprevisible, decían que en su lecho descansaban restos de batallas perdidas, de antiguas ruinas que emergían y se sumergían al capricho de las estaciones.

Estos canchos reciben el nombre de un buen hombre, Ramiro, curtido por años de trabajo en la tierra y de enfrentarse a los elementos, sabía lo que el río podía dar, pero también lo que podía quitar. Y aquella tarde, en que el cielo se plomaba de nubes bajas, se dirigió al tramo de agua donde el curso del Alagón, desbordado en primavera, había dejado a su paso los canchos. El sitio, sin embargo, no era sólo un accidente geográfico. Los canchos —aquellos enormes bloques de piedra que emergían del río como los huesos de un animal ancestral— guardaban una historia mucho más antigua, una que Ramiro había oído muchas veces pero que, como todo lo relacionado con el río, parecía pertenecer a un tiempo que no tenía por qué explicarse.

“Lo que el Alagón te da, te lo quita. Y lo que te quita, no siempre lo devuelves”, le había dicho su abuelo, hombre de tierra y de agua, con voz grave y mirada fija en el horizonte. Ramiro lo recordaba bien, mientras cruzaba con paso firme hacia los canchos. La corriente que arrastraba las piedras, los restos de árboles caídos, las hojas desbordadas de los sauces y los álamos, no era más que la firma de un río viejo, que sabía cuándo callar y cuándo rugir.



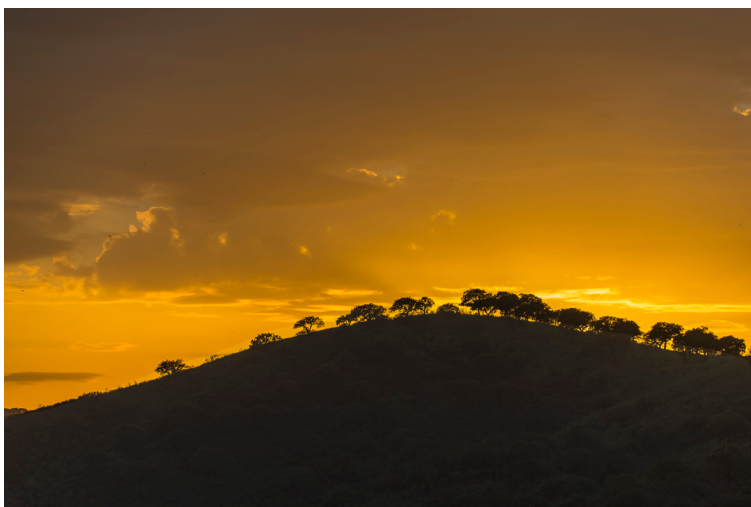
Alimoche (foto Alejo Leal)



Buitre (foto Alejo Leal)



Cigüeña negra en vuelo (foto Alejo Leal)



Puesta de sol



Venados (foto Alejo Leal)



Vista aérea de los Canchos de Ramiro y el río Alagón



Los Canchos de Ramiro

Al llegar a las rocas, las mismas que sus padres y abuelos habían mirado con recelo y respeto, Ramiro se agachó, tocando con la punta de los dedos la superficie rugosa de uno de los canchos. Aquella piedra había visto generaciones de hombres y mujeres pasar, había oído sus palabras, sus promesas rotas y sus juramentos de lucha contra la naturaleza. Y, sin embargo, ahí estaba, inmutable, como un testigo mudo de todo lo que había sucedido.

“Quién sabe cuántos se han ahogado aquí”, murmuró Ramiro para sí, mientras observaba las aguas turbulentas. La memoria le trajo la imagen de su hermano, caído al agua años atrás, cuando intentó atravesar el río en una primavera particularmente furiosa. El río se lo tragó en un suspiro, sin que nadie pudiera hacer nada. La familia se quedó con el luto y las piedras, y el Alagón siguió su curso, indiferente.

Los canchos de Ramiro, sin embargo, tenían otro significado. Eran las huellas de un tiempo que no volvería, pero que seguía estando allí, en cada golpe de viento, en cada piedra arrastrada por la corriente. Como el propio río, la vida no entendía de despedidas definitivas. Todo quedaba en el aire, como los recuerdos de aquellos que ya no estaban, y Ramiro lo sabía bien. Mientras las aguas seguían su camino y la tarde se desvanecía, él se levantó, y mirando por última vez aquellas rocas centenarias, se dijo a sí mismo que, como el río, uno no elige siempre lo que le toca, pero sí la forma en que se enfrenta a ello.

Y así, el Alagón siguió corriendo, su curso marcado por las aguas turbulentas, y Ramiro volvió a su tierra, sabiendo que no habría olvidado para lo que había sido, pero también sabiendo que, al final, todo lo que importa es seguir adelante, en silencio, como las piedras que resisten el paso del tiempo.

El río Alagón continuaba su curso con la misma serenidad de siempre, deslizándose entre campos de olivos y huertos olvidados, con los mismos silencios que lo acompañaban desde que los primeros hombres cruzaron sus aguas. Era un paisaje atemporal, como un cuadro pintado por un artista que sabía que lo que realmente importaba no era el tema, sino el modo en que el tiempo lo tocaba.

El pontón avanzaba sin prisa, sin que nadie lo apurara. Y el Alagón, impasible, seguía su camino hacia un futuro que, aunque incierto para el hombre, era tan antiguo como la propia tierra.

En el barco había oído hablar del puente de Alcántara, decidí acercarme a ver esa maravilla de la ingeniería romana.

Me bajé del barco y, al poner pie en tierra, una ligera brisa me acarició el rostro, anunciando que el sol, aún temprano, comenzaba a ganar terreno sobre la fresca mañana. Tenía el rostro aún marcado por las maravillas que había presenciado durante mi viaje en el barco, y sentí que la tierra que pisaba no era solo la que pertenecía a Cáceres, sino una tierra que me llamaba en un susurro antiguo, como si las piedras de este lugar ya conocieran mi nombre.

Ceclavín

Ceclavín, un pequeño rincón en la vasta Extremadura, apareció ante mí con una calma tan grande que hasta el viento parecía detenerse, como si temiera perturbar la paz de esos campos que se extienden hasta el horizonte.

El sol caía bajo, pero aún tenía fuerza, esa luz cálida que pinta de oro las aldeas perdidas, las que no se ven en los mapas de los turistas, pero que laten con una vida profunda, casi secreta, en cada rincón.

El camino hacia el pueblo me llevó por un paisaje que parecía estar suspendido en el tiempo, un escenario de tierras secas, de olivos que ya no crecen en el prisa de los tiempos modernos, pero que mantienen una nobleza ancestral. Allí estaba yo, cruzando el umbral de Ceclavín, sin otro deseo que conocerlo, saborear su esencia, dejar que sus calles me hablaran sin prisa, como quien se entrega a un relato que no sabe adónde va, pero que ya le interesa conocer.

Las calles de Ceclavín no eran anchas ni pavimentadas, pero su belleza radicaba en la sencilla arquitectura de sus casas blancas, con tejados de teja roja que se alineaban como soldados dormidos bajo el sol de la tarde. Las puertas de madera, viejas, gastadas por el paso del tiempo, susurraban historias de generaciones que, a su modo, habían dejado su huella en cada ladrillo, en cada rendija de los muros. Al caminar, el eco de mis pasos se mezclaba con el murmullo lejano de las conversaciones que venían desde las ventanas abiertas, como si el pueblo entero estuviera vivo y hablándome en su

propio lenguaje, uno que solo el que se atreve a sumergirse en su silencio es capaz de comprender.

Me dirigí hacia la plaza central, un pequeño corazón de Ceclavín donde todo parecía detenerse. Allí estaba la iglesia de la Asunción, erguida con la dignidad que solo los pueblos antiguos saben dar a sus templos. Me acerqué lentamente, sin querer romper el hechizo que el lugar me había lanzado, y al entrar, la luz que se filtraba a través de las vidrieras me envolvía como un abrazo cálido. La quietud de la iglesia me hizo pensar que allí, en ese mismo instante, la historia del pueblo y la mía coincidían en el mismo espacio, como dos líneas paralelas que, por un momento, se cruzaban.

Salí de la iglesia y me senté en un banco, mirando a la gente que pasaba, a esos vecinos que vivían entre las historias del pasado y la necesidad de un futuro que también les pertenecía, pero que, por un instante, les era ajeno. Viejos y jóvenes se cruzaban sin apresurarse, como si Ceclavín fuera un lugar donde el tiempo no tuviera poder sobre el ser humano.

Tras un breve descanso, paseé por sus calles tranquilas, me adentré en las plazas escondidas, en esos rincones donde la sombra de un árbol o el murmullo de una fuente antigua te invitan a detenerte. Cada esquina me ofrecía una nueva imagen, una nueva historia que, por breve que fuera, quería aprender. Casas nobles como la Casa de los Sande o la Casa Cabildo de San Pedro.

El río Alagón, cercano, murmuraba en la distancia como si también él quisiera contarme sus secretos, sus años de paso, de agua que se desliza en silencio pero que nunca olvida.

Son varias las ermitas que encontramos en Ceclavín. No solo son importantes como lugares de culto, sino

que también representan una parte fundamental de la historia social y cultural del municipio. A lo largo de los siglos, estas construcciones han sido el centro de las festividades religiosas, que no solo eran actos de devoción, sino también ocasiones para que la comunidad se reuniera y fortaleciera sus lazos. Además, las ermitas han servido como puntos de referencia para los viajeros y como símbolos de la identidad local.

Las ermitas de Ceclavín se encuentran en lugares elevados o en parajes naturales, lo que también las convierte en espacios de recogimiento y contacto con la naturaleza. Los paisajes que rodean estas construcciones son una extensión de la espiritualidad que impregna el lugar, un refugio de paz que permite a los fieles conectar no solo con lo divino, sino también con la belleza de su entorno.

Con el paso de los años, algunas de las ermitas de Ceclavín han necesitado de procesos de restauración para conservar su estructura original y garantizar que continúen siendo lugares de culto. Estos trabajos de conservación son muy importantes para preservar tanto el patrimonio histórico como la tradición religiosa del pueblo. Hoy en día, las ermitas siguen siendo un activo cultural esencial para los habitantes de Ceclavín, quienes mantienen viva la devoción a sus santos y vírgenes.

Las ermitas de Ceclavín son mucho más que simples construcciones religiosas. Representan el alma de un pueblo que ha mantenido sus tradiciones religiosas a lo largo de los siglos, uniendo a la comunidad y preservando su identidad cultural. Desde la Ermita de Nuestra Señora del Encinar hasta las ermitas de San Diego y San Antón, cada una de estas construcciones tiene su propia historia y su propio significado, pero todas com-

parten el mismo objetivo: ser un refugio espiritual y un símbolo de la fe de los ceclavineros.

A escasos kilómetros de la localidad se encuentra la Ermita del Encinar donde recibe culto la Patrona de la localidad. La ermita es otra muestra del barroco popular y es una construcción de una sola nave, que se divide en tres tramos mediante arcos de medio punto sobre pilastras, cubiertos por bóveda de cañón con lunetos. La capilla se cubre mediante cúpula sobre pechinas.

Entre las tallas existentes, citar una de ellas directamente relacionada con la edificación de la ermita. En un retablo de hacia mediados del XVIII, se halla un Cristo apareciendo en el tronco de una encina y la figura de un amerindio según la iconografía de la época. Cuenta la tradición local que uno de los muchos vecinos que emigraron a América, Jesús Sánchez de Bustamante, hizo fortuna cerca de Copacabana, en Bolivia. Con él trabajaban dos indios Tupac y Zupanqui, a los que intento convertir al cristianismo con un éxito parcial puesto que sólo Zupanqui se bautizó recibiendo el nombre de Miguel. El indiano ceclavinerero había enterrado a su mujer bajo una encina, y es aquí donde Tupac, trató una noche, mediante un hacha, de hacer daño al árbol y por ende a Sánchez de Bustamante. Con los primeros cortes, el hacha se ensangrentó, y al levantar Tupac la vista vio que del tronco emergía la figura de un Cristo crucificado. Al final ambos fueron bautizados, y Sánchez de Bustamante erigió la Ermita al volver a Ceclavín en la que se retiró hasta su muerte.

Siguiendo con las tallas, encontramos en el lado del Evangelio, una imagen de San Miguel, obra del siglo XVIII, es el patrón de la localidad. En el lado de la Epístola, de hacia el primer cuarto del siglo XVIII, retablo barroco de un solo cuerpo, con hornacina central que

aloja una Imagen de San Marcos, en madera policromada y del siglo XVIII.

Y, en una pequeña hornacina con una imagen de la Virgen de Copacabana, también muy relacionada con la génesis de la ermita, y que se trajo hasta ella procedente de otra de las que ya no se conservan, el eremitorio de San Pablo, en la Sierra cercana a la localidad.

En el centro del Presbiterio, cobijada bajo un retablo dorado de mediados del siglo XX, se halla la Imagen de Nuestra Señora del Encinar, Patrona de Ceclavín.

En Ceclavín todo era una invitación a quedarse, a respirar hondo, a beber de su tranquila belleza. Su gente, sus calles, su tierra, todo hablaba de algo profundo, de una conexión con la naturaleza que parecía ser eterna, de una paz que solo los lugares pequeños y remotos pueden regalar a quienes se atreven a conocerlos. Y mientras el sol se ponía, bañando el pueblo en tonos dorados, supe que Ceclavín no era solo un destino, sino una promesa de vida sencilla y auténtica, una que se desliza entre los campos, se refugia en las plazas y, sobre todo, se esconde en el corazón de cada uno de los que, como yo, deciden perderse en él.

Tras mi visita a Ceclavín, cogí la carretera que me dirigía hacia Zarza la Mayor



Iglesia parroquial de Ceclavín.



Cristo de la Encina



Virgen del Encinar

2.- Zarza la Mayor

Esta población se encuentra rodeada de paisajes rurales, con bosques de encinas y alcornoques, ideales para realizar rutas de senderismo o paseos tranquilos.

Si te adentras en el corazón del pueblo, puedes disfrutar de la arquitectura típica y conocer más sobre la vida cotidiana de los zarceños. La iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, es un lugar de interés histórico y religioso, perfecto para apreciar el arte y la arquitectura local.

El interior de la iglesia es de planta rectangular, con una sola nave central, y un presbiterio elevado. La arquitectura presenta un estilo barroco en algunos detalles, aunque también conserva elementos de su origen medieval.

Una de las características más destacadas de la iglesia son las esculturas que adornan el altar mayor y las capillas laterales. Estas esculturas, aunque no tan conocidas como las de otras iglesias de la provincia, son representaciones de escenas bíblicas y santos muy venerados en la región.

En el altar mayor se encuentra una escultura de la Virgen de la Asunción, la patrona de Zarza la Mayor, que es la imagen central del culto local. Esta figura, de gran devoción popular, es una representación clásica de la Virgen María, subida al cielo en cuerpo y alma. A lo largo del interior de la iglesia, en las capillas laterales, pueden encontrarse algunas figuras de santos y santas de la tradición católica, aunque muchas de estas esculturas tienen un estilo popular y simple, acorde con la modestia de la parroquia.

Al igual que en otras iglesias rurales, es común encontrar una imagen de Cristo crucificado, que ocupa un lugar destacado en el altar mayor o en una de las capillas.

Aunque la iglesia no es especialmente destacada por su patrimonio pictórico, como ocurre en muchas iglesias rurales de España, se pueden encontrar algunas pinturas en el interior, especialmente en el altar y en el techo. Estas pinturas son generalmente de estilo barroco o neoclásico, con temas religiosos.

El retablo mayor es un elemento clave de la iglesia, y en él se pueden encontrar algunos detalles pintados, como escenas de la Asunción de la Virgen o episodios de la vida de Jesús. El retablo está trabajado en madera dorada y pintada, lo que le da un aire de riqueza que contrasta con la simplicidad de la iglesia en su conjunto.

En algunas zonas del techo se conservan frescos o pinturas al óleo que representan escenas de la Pasión de Cristo, la Virgen María o ángeles. Estas pinturas no son tan elaboradas como las de otras iglesias, pero tienen un atractivo especial por su colorido y simplicidad.

El ambiente en el interior de la iglesia de Zarza la Mayor es tranquilo y recogido, propio de los pueblos pequeños. La luz que entra por las ventanas, a menudo de cristal simple, crea una atmósfera cálida, especialmente en las horas de la mañana. Las pinturas y esculturas que adornan el templo no son grandes obras maestras, pero tienen un valor local significativo, ya que representan la religiosidad y la devoción del pueblo a lo largo de los siglos.

La iglesia de Zarza la Mayor es un lugar de gran sencillez y belleza modesta, donde las esculturas y pinturas se integran perfectamente con el entorno rural. Es

un espacio que invita a la reflexión y al recogimiento, siendo el corazón espiritual de la comunidad local.

Este rincón escondido en el corazón de la Extremadura que es la población de Zarza la Mayor, parece detenerse en el tiempo cuando uno se adentra en sus calles. El sol, que ya cae bajo, tiñe de dorado los tejados de sus casas blancas, haciendo que cada rincón brille con una luz tenue, como si todo estuviera impregnado de historia. Es una población que, por su quietud, transmite la sensación de estar atrapada entre los ecos de las generaciones pasadas, como una antigua reliquia que se resiste a ser arrastrada por la corriente del progreso.

Pasear por Zarza la Mayor es sumergirse en un mar de sensaciones sencillas pero profundas. Las piedras que conforman las aceras parecen contar historias de otras épocas, de otros hombres y mujeres que, como nosotros, recorrían esas mismas calles con pasos vacilantes, buscando sentido en sus vidas. Las casas, algunas con ventanas de hierro forjado, otras de madera envejecida, se alinean a ambos lados de la calle principal, como si fueran centinelas de una realidad que, a pesar de todo, sigue siendo fiel a sus raíces.

El aire huele a tierra y a campo, a hierba recién cortada y a pan horneado en los hornos de las casas. En cada rincón se oye el murmullo de las conversaciones, el eco lejano de una vida que sigue siendo comunitaria, donde los vecinos se saludan con una sonrisa que parece haber nacido desde siempre. Los niños juegan al fútbol en la plaza, con la inocencia propia de quien aún no ha descubierto las sombras del mundo. El sonido de sus risas, mezclado con el canto lejano de algún gallo, llena el ambiente de una serenidad que parece imposible de encontrar en otro lugar.

En las esquinas, los ancianos se sientan a la sombra de los soportales, charlando con tranquilidad, como si el mundo se les hubiera reducido a esos pequeños momentos de compartir sabiduría. La vida, en Zarza la Mayor, no parece apresurada; aquí todo tiene su ritmo propio, un paso lento, como si el pueblo mismo quisiera retener lo que de grandeza tiene la calma de los días pasados.

Cada calle, aunque pequeña y austera, tiene su encanto. Los muros, a veces envejecidos por el paso del tiempo, son testigos de una vida que, aunque humilde, ha permanecido firme en su compromiso con la tierra y la tradición. Los árboles en las plazas ofrecen una sombra acogedora, donde se detienen los paseantes a descansar, observando el mundo a través de la quietud de sus hojas.

Y es que Zarza la Mayor, más que una simple población, es un reflejo de una manera de vivir que se ha ido diluyendo en la modernidad, pero que aún late con fuerza en este rincón de la tierra. Pasear por sus calles es volver a sentir la vida sencilla y verdadera, esa que se basa en los pequeños gestos de cariño, en la conexión profunda con la naturaleza y en la certeza de que no necesitamos mucho más que lo que tenemos ante nosotros para ser felices.

La gente de Zarza la Mayor, en su cotidianidad, nos recuerda que, a pesar de todo lo que el mundo ha cambiado, todavía existe un refugio donde el tiempo parece pasar más despacio, y donde lo verdaderamente importante es, quizás, lo que nunca cambia.

Dentro de la localidad destacan lugares como la Casa de la Encomienda o Palacio del Comendador, obra del siglo XIV, las ermitas de San Juan (siglo XVII), Ntra. Sra. del Castillo (siglo XV), San Bartolomé (siglo XV), el edifi-

cio de la Real Fábrica de Seda (siglo XVIII), sobre el que se asienta actualmente la Casa Consistorial, o la emblemática “Fuente Conceja”, de época medieval. Es una fuente de gran relevancia local, tanto por su valor histórico como por su función dentro de la comunidad. Esta fuente se encuentra en el corazón del pueblo y es una de las muchas muestras de la tradición de la zona, en la que las fuentes han jugado un papel fundamental en la vida cotidiana de los habitantes a lo largo de los siglos.

Su nombre, “Conceja”, tiene su origen en el término “concejo”, que en la Edad Media se refería a la asamblea local o la comunidad del pueblo. Así, la Fuente Conceja probablemente era un lugar de encuentro o un punto clave en la vida social del municipio, donde los vecinos se reunían, compartían noticias y se abastecían de agua.

El agua que brota de la Fuente Conceja es un recurso valioso para Zarza la Mayor, ya que, como en muchas áreas rurales, el acceso a agua potable era (y sigue siendo en muchos casos) fundamental para la subsistencia. Las fuentes, como esta, eran no solo lugares de abastecimiento, sino también símbolos de la conexión entre la comunidad y su entorno natural. En épocas pasadas, estas fuentes solían ser el centro de la vida social, un espacio de interacción cotidiana entre los habitantes, especialmente las mujeres, que eran las encargadas de acarrear el agua a sus hogares.

Además de su importancia práctica, la Fuente Conceja tiene un valor patrimonial en la localidad, representando una parte de la historia y las tradiciones del pueblo. A lo largo de los años, ha sido objeto de cuidado y restauración, y aunque su función original como punto de abastecimiento de agua ha sido sustituida por otras infraestructuras, sigue siendo un lugar significativo, re-

cordando a las generaciones actuales el modo de vida que definió a Zarza la Mayor durante muchos siglos.

Hoy en día, la fuente es también un lugar de interés turístico y cultural, un punto que atrae a quienes visitan la localidad y desean conocer más sobre su historia y las costumbres que marcaron su desarrollo. Fuente Conceja no solo es una fuente de agua, sino un símbolo de la historia, la comunidad y la vida rural de este encantador pueblo extremeño.

En el barco, había oído hablar del puente de Alcántara, ese prodigio de la ingeniería romana que, desde tiempos de Trajano, desafiaba el paso de los siglos. Me separaba tan solo media hora de aquel monumento, y, aunque el destino me llamaba en otra dirección, no pude resistir la tentación de acercarme y contemplar con mis propios ojos esa maravilla que tantos viajeros y eruditos habían ensalzado.

Al salir de Zarza la Mayor, la tentación me llamaba a visitar su castillo de Peñafiel, enclavado en lo más alto de la peña que le da su nombre, parece surgir del mismo corazón de la tierra de Cáceres, imponente, desafiante, y, sin embargo, tan enraizado en el paisaje como las rocas que lo sustentan. Desde la lejanía, se alza como un guardián del tiempo, una silueta medieval que corta el cielo, a medio camino entre el presente y el pasado. Este castillo, que desde su origen se erige con la firmeza de la roca, parece resistir con honor la fragilidad de los siglos, con una nobleza que pocos fortines de la región podrían igualar.

Pasear por sus alrededores es como adentrarse en un sueño de antaño, donde las voces de los caballeros y de los nobles resuenan en el viento que susurra entre las grietas de sus muros. Es un castillo de formas

rectas y austeras, que se alza orgulloso como una joya de piedra, tallada por el paso del tiempo, y al mismo tiempo forjada en la historia de las luchas, los amores y las traiciones de antaño. Como un símbolo eterno, Peñafiel se yergue entre la llanura extremeña, inmortalizado no solo por su arquitectura, sino por la memoria de aquellos que defendieron sus murallas.

Los vestigios de su grandeza, hoy en ruinas, hablan de épocas en las que las espadas se alzaban al cielo y los estandartes ondeaban con valentía. En su interior, las sombras de las torres y los pasillos evocan la gloria y la tragedia de las vidas que pasaron bajo su techo. Y es que el castillo de Peñafiel no es solo una fortaleza, sino un libro abierto de historia, un testimonio de lo que fue y ya no es. Las piedras, cubiertas de musgo, son el testamento de siglos de resistencia y de batallas, de honor y de valentía, pero también de desgaste, de silenciosas derrotas y de la caída inminente de todo lo que el hombre construye.

A medida que uno se aproxima, la visión del castillo se va ampliando, revelando sus almenas, sus ventanales almenados, sus imponentes muros que siguen desafiando el paso del tiempo. En sus piedras, aún se puede sentir el eco de los pasos de aquellos soldados que patrullaban sus torres, vigilantes en la noche. El viento, que parece nunca cesar, se cuela entre sus murallas, como una presencia intangible que nos recuerda lo efímero de la vida humana, pero la durabilidad de la memoria.

Hoy, los habitantes de Zarza la Mayor parecen caminar sobre un suelo bendecido por esa historia antigua. La silueta de Peñafiel, lejos de ser un simple vestigio, se presenta como una presencia viva, como si el castillo guardara en su interior una fuerza inexpli-

cable que no se extinguirá jamás, una fuerza que sigue siendo la misma que hizo de este lugar un refugio, una fortaleza, y un símbolo de la lucha y la resistencia.

Y es que, en cada rincón de sus paredes, el Castillo de Peñafiel parece susurrar una lección silenciosa: la grandeza no siempre reside en la belleza o en la juventud, sino en la firmeza con la que se resiste al paso del tiempo. Como un viejo guerrero, este castillo, erguido en el horizonte de Zarza la Mayor, nos invita a contemplar el valor de la perdurabilidad, la nobleza del esfuerzo que no se rinde, la fuerza que nace de la quietud de la memoria. Y así, mientras nos alejamos, su silueta, inmortal en su solitaria grandeza, sigue vigilante, testigo de la eternidad.

En el barco, me contaron la leyenda de este castillo.

Cuenta la historia que en el castillo vivía un joven y valiente caballero llamado Rodrigo de Peñafiel, conocido por su destreza en la batalla y su noble corazón. Era el señor de la fortaleza, un hombre respetado por todos, pero su alma estaba vacía, pues carecía de amor verdadero. Un día, durante una fiesta en el castillo, el joven Rodrigo vio entrar a una dama de una belleza indescriptible, envuelta en un vestido blanco que brillaba con la luz de las antorchas. Se llamaba Elvira, y era la hija de un noble de un reino vecino. Se decía que su familia tenía un linaje antiguo y su llegada al castillo fue para estrechar lazos de amistad entre los dos territorios.

Desde el primer momento en que sus ojos se encontraron, Rodrigo y Elvira se sintieron atraídos irremediablemente, como si el destino hubiera decidido que sus corazones debían unirse. Pasaron días conversando, paseando por los jardines del castillo y compartiendo risas bajo las estrellas. Sin embargo, había una sombra

que se cernía sobre su amor. Elvira no solo pertenecía a una familia poderosa, sino que también estaba prometida a otro noble, un hombre cruel y despiadado, que esperaba ansioso su regreso para cumplir con el matrimonio acordado entre ambos padres.

Una noche, mientras Rodrigo y Elvira paseaban por el castillo, juraron amor eterno, prometiéndose que nada ni nadie podría separarlos. Pero el destino, que se muestra muchas veces más cruel que cualquier otro enemigo, tenía otros planes. Elvira, angustiada por su obligación con otro hombre, se despidió de Rodrigo sin previo aviso, prometiéndole que regresaría al castillo, pero que debía esperar en silencio, pues debía enfrentarse a la decisión más difícil de su vida.

Días pasaron, y Rodrigo, desesperado, buscó incansablemente a Elvira. Recorrió los caminos que conducían a su hogar, pero nunca más volvió a encontrarla. Desgarrado por la incertidumbre, Rodrigo regresó a su castillo, donde pasaba sus noches en la torre más alta, esperando, con el corazón roto, una señal de Elvira.

Una tarde de tormenta, cuando el viento aullaba entre las almenas del castillo y los truenos hacían temblar las piedras del viejo muro, Rodrigo vio una figura blanca a lo lejos, que se aproximaba lentamente hacia el castillo. Su corazón dio un vuelco al reconocerla. Era Elvira, vestida con el mismo vestido blanco que llevaba cuando la conoció. Corrió hacia ella, pero cuando la alcanzó, la joven dama le miró con una tristeza infinita en los ojos.

-“Rodrigo,” dijo con voz suave, “ya no puedo quedarme. Mi destino ya estaba sellado antes de que tú y yo nos conociéramos. Te quiero con todo mi corazón, pero debo irme.”

Antes de que Rodrigo pudiera responder, Elvira desapareció en el aire, como una sombra disuelta por el viento. El caballero corrió hasta el borde del castillo, pero ya no había rastro de ella. Solo la tormenta seguía rugiendo en la noche.

Desde aquella noche, Rodrigo nunca volvió a ser el mismo. Pasaba sus días recorriendo las murallas del castillo, buscando a Elvira, llamando su nombre en los vientos. La tristeza lo consumió, y finalmente, se desvaneció en la oscuridad del castillo, como si él mismo fuera parte de la leyenda que había nacido de su amor perdido.

Con el tiempo, los habitantes de Zarza la Mayor comenzaron a hablar de la Dama Blanca que aparecía en las noches de tormenta, vestida con un manto blanco, recorriendo los pasillos del castillo de Peñafiel. Se decía que, cada vez que la tormenta arremetía con furia, Elvira regresaba para buscar a su amado Rodrigo, el caballero que aún esperaba su regreso. Y cuando alguien veía la figura de la dama blanca, los más viejos susurraban: “Es el alma de Elvira, que no puede descansar, pues su amor nunca se completó, y su espíritu sigue esperando un reencuentro en la eternidad.”

Así, la leyenda perdura, y cada vez que la tormenta azota el castillo de Peñafiel, los aldeanos aseguran escuchar el susurro de un nombre entre el viento: Rodrigo... Rodrigo... mientras una figura blanca se desliza entre las piedras del antiguo castillo.

Finalicé mi visita al castillo. Al bajar, cogí la carretera que me llevaba hacia Alcántara, un camino que serpenteaba entre colinas y olivares, me llevó en un suspiro hasta el río Tajo, cuyas aguas, impasibles y silenciosas, parecían custodiar la histórica estructura. Una travesía que atraviesa los paisajes más profundos y secretos

de esta región tan cargada de historia. Cada paso que se da sobre esta ruta parece llevar al caminante hacia un tiempo lejano, a una época en la que la vida aún se medía por la sencillez de los ritmos de la naturaleza y el pulso de la tierra, que parece palpitarnos al andar.

Desde Zarza la Mayor, el camino comienza en la serenidad de los campos. A medida que se avanza, el murmullo del viento acaricia los altos trigales y las encinas dispersas en el horizonte, que se erigen como viejos centinelas del tiempo, testigos de siglos de historias que se confunden con la misma tierra. La luz del día, cálida y dorada, se desliza sobre las laderas, creando sombras que parecen danzar al compás del viento. El aire se llena de un aroma terroso, de romero y de tomillo, como si la naturaleza misma tratara de dar al caminante un abrazo de bienvenida.

El camino, de tierra batida y polvorienta, avanza con suavidad, pero también con una firmeza ancestral. Alrededor, los montes se abren paso con tranquilidad, dejando entrever pequeños senderos y caminos de pastores que han sido recorridos generación tras generación. En algunos puntos, se pueden ver los restos de antiguos molinos de agua, abandonados por el tiempo, como memorias calladas de una época en la que el río marcaba el ritmo de la vida de los hombres que habitaban estas tierras.

La ruta sigue su curso, y pronto se empieza a percibir la presencia de la sierra, con sus escarpadas cumbres que se dibujan en el horizonte, imponentes y silenciosas, como el rostro de una vieja diosa que observa el paso de los siglos. El paisaje cambia, se torna más agreste, y el eco de los pasos se amplifica entre las rocas que van asomando aquí y allá, en un terreno que parece

haberse formado de un solo golpe de roca y viento. Es un paisaje duro, que habla de la fortaleza de esta tierra y de los hombres que han tenido que dominarla.

Los arroyos cruzan el camino con su murmullo suave, y el agua, siempre viva, da vida a los sauces y las juncias que bordean sus orillas. En las orillas de estos arroyos, los árboles se agachan en silencio, como si inclinaran la cabeza ante el paso del viajero. Los cerdos ibéricos, que pastan en la cercana dehesa, levantan la mirada curiosa, interrumpiendo momentáneamente su festín, mientras las aves de rapiña sobrevuelan el cielo, buscando su presa en el vasto campo que se extiende sin fin.

A medida que la marcha continúa, la presencia humana se va haciendo más notoria. Algún que otro cortijo salta a la vista, con sus tejados de teja roja, refugios humildes pero cálidos, que se asientan en la tierra como pequeños islotes de vida. Los campesinos, en sus labores, levantan la mirada para saludar al caminante, con la mirada profunda de quienes han vivido toda su vida bajo la exigente mirada de la tierra. Y en cada saludo, en cada gesto, se percibe esa quietud que define a esta región, una quietud que no es silencio, sino la respiración profunda de un pueblo que ha sabido vivir en armonía con su entorno, a pesar de las dificultades.

Finalmente, el camino llega a un punto en el que la vista se abre hacia el río Tajo, que, con su curso sereno pero firme, parece acoger al viajero con la misma calma que ofrece la vida a quien ha sabido esperar. Las montañas se hacen más cercanas, y el aire fresco que desciende desde las cumbres de la sierra se mezcla con el olor a tierra y agua, creando una sensación de plenitud, de haber llegado a un lugar profundo y añorado.

Y en ese último tramo, ya cerca de Alcántara, las primeras vistas de la villa se van perfilando, rodeadas por

los antiguos muros del puente romano, como un abrazo del pasado que da la bienvenida al viajero. El paso por este camino, cargado de historia, de naturaleza, de esfuerzo y de belleza, no es solo una travesía física, sino un regreso a las raíces, a esa esencia primordial de la vida que, en la quietud de estos paisajes, parece intocable, como si hubiera permanecido inalterada desde los tiempos de los romanos. Un viaje, en definitiva, que no solo acerca dos lugares, sino que une al hombre con su tierra, con su historia y con su propia alma.

Ya desde la distancia, el puente se erguía con una majestuosidad que sobrepasaba mis expectativas. Sus arcos, robustos y serenos, cortaban el paisaje como una herida en el tiempo, y el firme granito, que había visto el paso de innumerables generaciones, aún desafiaba la erosión de los años.



Castillo de Peñafiel.



Fuente Conceja

3.- Alcántara

Al llegar al municipio de Alcántara, al pie de las montañas que se alzan sobre el curso del río Tajo, me sentí, de algún modo, transportado a otra era. Aquella villa, enclavada en la comarca extremeña, guarda entre sus silenciosas piedras el eco de siglos de historia.

Cuando llegué al puente, el aire parecía detenerse, como si la misma tierra respetara la grandeza de aquel legado antiguo. Me acerqué, no sin cierta reverencia, y posé la mano sobre una de las piedras que componían su imponente base. Sentí bajo mis dedos la historia, no solo de la obra en sí, sino de todos los hombres que, desde tiempos remotos, habían cruzado este umbral hacia lo desconocido. Un puente no es solo una estructura; es el vínculo entre mundos, el cruce de destinos, el

lugar donde la tierra se encuentra con el agua, y donde el tiempo, a veces, se congela.

No pude evitar quedarme allí unos minutos, contemplando en silencio la maravilla ante mí. La ingeniería romana, tan precisa y duradera, parecía no solo desafiar los elementos, sino también el olvido, como si su función, más allá de ser un simple medio de paso, fuera recordarnos la perennidad de lo bien hecho. Y, al mirarlo, sentí que el mismo río, que tanto había visto pasar, hoy me contaba su historia.

En la entrada del puente hay un pequeño templete de planta rectangular con una inscripción que menciona al arquitecto: “El puente, destinado a durar por siempre en los siglos del mundo, lo hizo Lácer, famoso por su divino arte”. Y no mentía, pues sigue en pie elegante y fuerte, con expectativas de continuar su historia eternamente joven.

Este descomunal monumento ocupa un lugar destacado entre todas las obras de ingeniería realizadas por el Imperio Romano. Se levantó con el objetivo de facilitar la comunicación entre Norba (la actual Cáceres) y Conimbriga (la localidad portuguesa de Condeixa-a-Velha) y es considerado una obra maestra donde se aplicaron técnicas de ingeniería avanzadas para erigir seis arcos de medio punto, sostenidos por cinco gruesos pilares. El puente fue construido con sillares rectangulares unidos entre sí a soga y tizón.

Este puente es uno de los testimonios más grandiosos de la ingeniería romana en la Península Ibérica, se alza sobre el río Tajo con una majestuosidad que ha desafiado el paso del tiempo durante más de dos mil años. Este puente, cuya construcción data de finales del siglo I d.C. bajo el mandato del emperador Trajano, fue diseñado para conectar las dos orillas del Tajo, facilitando así

el paso de tropas, mercancías y viajeros en una de las rutas más importantes de la Hispania romana. Un arco honorífico de 14 metros de altura remata el puente. Este arco, conocido como Arco del Triunfo y ubicado justo en la mitad del puente, recoge información de la historia de la obra: muestra la dedicación del puente a Trajano y el nombre de los municipios que lo financiaron. La inscripción dedicatoria dice así:

“Al emperador César, hijo del divo Nerva, Trajano, Augusto, Germánico, Dácico pontífice máximo, con la VIII potestad tribunicia, emperador por V vez, padre de la patria”.

Destaca, ante todo, por su grandeza y por la firmeza que hoy en día conserva, casi intacta a pesar de tener casi dos mil años de antigüedad. Sus 58,20 metros de altura y 194 metros de longitud lo convierten en una bella obra, a caballo entre la ingeniería y el arte. Lo que lo convierte en una verdadera maravilla de la ingeniería antigua es, en primer lugar, su imponente estructura.

Está compuesto por seis arcos, de los cuales el central, el más grande, se extiende a través del río con una apertura de 29 metros. Estos arcos no solo son una hazaña de diseño, sino también de ejecución, ya que la precisión con la que fueron alineados y la solidez de los materiales empleados han permitido que, a pesar de los siglos, el puente siga en pie, soportando las inclemencias del tiempo y los embates de las aguas del Tajo.

Las piedras que lo conforman son de una calidad excepcional, principalmente de granito local, y su encaje perfecto ha garantizado su durabilidad. El puente no es solo un elemento funcional; es un verdadero símbolo

del poder y la destreza de Roma, una clara muestra de la habilidad técnica de los ingenieros romanos, capaces de erigir una estructura que resistiría el paso de los siglos. Su construcción fue supervisada directamente por orden de Trajano, quien en aquel momento, además de ser emperador, también ostentaba el título de “Pontifex Maximus”, lo que subraya la importancia simbólica de la obra en el contexto del poder romano.

En su época, el puente no solo servía como una vía de comunicación entre las regiones de Hispania y el resto del Imperio, sino que también desempeñaba una función estratégica, siendo crucial para la defensa militar. No es de extrañar que este puente se convirtiera en uno de los símbolos más emblemáticos de la romanización de la Península Ibérica.

A lo largo de los siglos, el puente de Alcántara ha sobrevivido a múltiples avatares. Su historia, marcada por el paso de ejércitos y viajeros, se vio salpicada por eventos como las incursiones de los visigodos o las alteraciones producidas por las crecidas del Tajo. A pesar de estos contratiempos, el puente nunca perdió su función esencial, y hoy en día sigue siendo un claro reflejo de la perennidad de las obras más ambiciosas de la ingeniería romana.

Si se visita el puente en la actualidad, la sensación que produce es indescriptible. Al acercarse a él, la grandeza de la obra cautiva y sobrecoge. Su silueta se recorta contra el cielo y, al atravesarlo, uno no puede evitar sentirse transportado al pasado, a los días en los que Roma dominaba el mundo conocido, y el puente de Alcántara era una arteria vital en su vasta red de comunicaciones.

En su base, junto a la calzada que conduce a la estructura, se encuentran inscripciones en latín que aún

relatan la orden imperial que dio lugar a su construcción. En ellas, los nombres de los ingenieros y de los funcionarios que supervisaron su levantamiento perduran como un eco de la perfección lograda.

El puente romano de Alcántara no es solo una maravilla arquitectónica, es también un símbolo de la resistencia, de la perennidad del arte de la construcción romana y de la profunda huella que dejó el Imperio en los territorios que conquistó. Quien lo cruza hoy no solo atraviesa un río, sino también el tiempo, caminando sobre las mismas piedras que hicieron posible el cruce de generaciones, culturas y civilizaciones.

Me adentré hacia el casco histórico para poder visitar el convento que dio origen a la orden alcantarina.

Alcántara no es un lugar que se pueda entender en un solo paseo. Es un lugar que invita a detenerse, a escuchar y a mirar con atención. Cada calle, cada rincón, tiene algo que contar. Y, mientras me alejo del casco histórico, siento que el alma del pueblo me sigue, que las piedras, los edificios y el viento susurran, en su lenguaje silencioso, la historia de una tierra que nunca dejará de vivir en su gente y en su memoria.

Y entre esas piedras, hay un lugar que destaca con una majestuosidad contenida, pero inmensa en su significado: el Convento de San Benito de la Orden de Alcántara.

La primera vez que escuché hablar de este convento, fue como quien recibe una llamada desde la profundidad del tiempo. No se trataba solo de un edificio, sino de un símbolo de la devoción y el poder de una de las órdenes militares más significativas del medievo español. En sus muros se fundieron las plegarias de monjes y caballeros, la fe inquebrantable y la lucha por una causa que trascendía los límites del hombre.

La Orden de Alcántara, nacida en el siglo XII, se erigió como un bastión de la cristiandad frente al avance musulmán, y este convento, que surgió en su seno, fue el refugio de aquellos hombres que abrazaron una vida de sacrificio y combate.

El Convento de San Benito, un edificio que parece dominar la localidad. Su estructura, austera pero grandiosa, refleja el carácter de la orden que dio forma a este lugar: los monjes de la Orden de Alcántara. Aquí, la historia cobra una fuerza impresionante. Entre sus muros, se respiraba la disciplina y la fe, mientras que la vida monacal se entrelazaba con los avatares de la historia. El convento, aunque en silencio, aún guarda ecos de aquellos tiempos, y sus muros de piedra cuentan secretos que solo el viajero más atento sabe escuchar.

Cuando llegué al convento, me detuve un instante, contemplando la fachada austera pero imponente. El conjunto arquitectónico, aunque despojado de adornos superfluos, sigue transmitiendo la serenidad propia de los lugares dedicados a lo divino. La piedra, tallada por manos que conocían tanto la lucha como la oración, parece hablar con una voz callada pero firme, susurrando los ecos de aquellos días en los que los caballeros de la Orden tomaban las armas en defensa de la fe cristiana, y al mismo tiempo, rezaban en sus claustros por la salvación de sus almas.

Reconquistada definitivamente la villa de Alcántara por Alfonso IX en 1213, cuatro años más tarde la donó a la Orden de Calatrava. Esta, ante la imposibilidad de defenderla, la cedió en 1218 a Nuño Fernández, maestre de la Orden de San Julián de Pereiro —creada en 1156 y aprobada por Alejandro III en 1177—, que al establecerse en ella cambió el nombre por el de Orden Militar

de Alcántara. Pronto habilitaron el castillo los alcantariños, que en 1308 fue ocupado por los templarios y para cuya recuperación se libró una cruenta batalla.

Hasta 1423 se desarrolló con plenitud la vida conventual de freires y caballeros; comenzaron entonces importantes obras de ampliación que obligaron a algunos religiosos a salir del recinto religioso militar y vivir en casas particulares, con lo que se produjo así la relajación de la vida comunitaria. El capítulo general celebrado en Plasencia en 1488 decidió la construcción de un nuevo convento con todas las dependencias, que se inició después de la Guerra de Granada, en 1494, tras pasar el maestrazgo de la Orden a los Reyes Católicos en 1494. Decidido el cambio de emplazamiento, al norte de la villa de Alcántara, dieron comienzo nuevamente las obras en 1505, que se dilataron a lo largo del siglo xvi.

No era solo un refugio espiritual; su papel en la historia fue tan decisivo como el de una fortaleza. Entre sus muros se tejieron intrigas, alianzas y batallas, y también se forjaron las gestas de hombres que se dedicaron a proteger lo que consideraban un legado divino.

Al cruzar el umbral del convento, la sensación de paz es abrumadora. El claustro, de una sobriedad sublime, invita a la reflexión. Las paredes, cubiertas por siglos de historia, parecen hablar en susurros. Aquí vivieron los monjes, los caballeros, y hombres de gran fe que, bajo el yugo de la disciplina monacal, luchaban tanto contra los enemigos de la fe como contra las tinieblas del alma. Cada rincón, cada arco, cada piedra tallada con esmero tiene una historia que contar, una historia que se remonta a los primeros años de la Reconquista, cuando la Orden de Alcántara se alzó como un bastión del cristianismo.

En la iglesia, el silencio es casi palpable. El altar mayor, de proporciones imponentes, refleja la grandiosidad de la orden. La luz, tenue y filtrada por las vidrieras, parece acariciar los antiguos retablos que adornan las paredes. Aquí, se respiraba la devoción y el fervor de aquellos que se entregaban al servicio de Dios y de la causa cristiana con una pasión que pocos podían igualar.

A medida que recorría las estancias del convento, la historia de la Orden me parecía más viva. No solo se trataba de un grupo de hombres que vivían bajo el voto de pobreza, castidad y obediencia, sino de una fraternidad que, en el fragor de la guerra, y en la calma de la oración, construyó su propio legado. El convento de Alcántara, con su silencioso poder, guarda las huellas de aquellos que en su momento se sacrificaron, no solo en el plano físico, sino también en el espiritual.

Poco a poco, fui entendiendo que este lugar no solo era testigo de la historia, sino que era parte de ella. Aquí, entre sus muros, los ecos de la guerra y de la paz, de la lucha y de la contemplación, se entrelazan en una danza atemporal. El Convento de la Orden de Alcántara es, en última instancia, una verdadera joya de nuestra historia medieval, una herencia de la fe y la lucha, de la vida monacal y la caballerescas, que persiste hoy, callada y fuerte, en el corazón de esta villa cacereña.

Hoy, al caminar por sus pasillos, me parece escuchar en el viento un murmullo, como si el convento aún hablara, como si la historia de aquellos caballeros y monjes siguiera viva entre sus muros. Y no es en vano, pues la Orden de Alcántara, como pocas, supo convertir la guerra en oración, y la oración en victoria.

El casco histórico de este municipio, enclavado a orillas del Tajo, se presenta ante el viajero como un la-

berinto de calles empedradas, muros que susurran historias de siglos pasados y un sinnúmero de vestigios de un pasado glorioso que aún se mantiene vivo, aunque en el silencio de la vida cotidiana.

Recorro las calles estrechas y sinuosas, me conduce hacia la plaza principal del pueblo. Las casas de piedra, de fachadas desgastadas por el sol y el viento, mantienen ese aire rústico que caracteriza a los pueblos de la provincia. Las ventanas, en su mayoría enrejadas, dejan escapar el murmullo de las conversaciones de los vecinos. Las puertas de madera, algunas aún con la pintura descolorida, parecen resguardar los secretos de generaciones enteras.

Al llegar a la Plaza de la iglesia, el murmullo del pueblo se apaga, como si la misma plaza pidiera respeto. Frente a mí, la iglesia se erige con su sólida fachada de mampostería y ladrillo. Este templo, construido entre los siglos XV y XVI, es uno de los principales exponentes de la arquitectura religiosa de la época. Su interior, sobrio y austero, respira la serenidad propia de los lugares de culto que han sido testigos de tantas plegarias a lo largo de los años. Aquí nació San Pedro de Alcántara en el año 1499. La figura de San Pedro emerge de esa tierra fértil de misticismo y devoción, un lugar marcado por el peso de siglos de historia y fe. Fue un hombre que, con una humildad tan grande como las montañas que rodeaban su pueblo natal, se convirtió en una de las figuras más sobresalientes de la España del Renacimiento, un verdadero faro de espiritualidad y sabiduría.

San Pedro de Alcántara es conocido principalmente por haber sido un fraile franciscano que, junto a Santa Teresa de Jesús, jugó un papel crucial en la reforma del Carmelo. Pero su vida fue mucho más que eso: fue un

hombre profundamente unido a Dios, de alma serena, mirada penetrante y corazón lleno de fervor. Su santidad no fue producto de grandes hazañas externas o de fama mundana, sino de una vida interior que se sumergió en la pureza de la oración, la penitencia y la meditación.

San Pedro de Alcántara no solo fue un hombre de fe, sino también un hombre de profunda humanidad, dispuesto a vivir una vida austera, casi dura, como testimonio de su entrega total a la voluntad de Dios. En su corazón no había espacio para los placeres del mundo; su vida era una constante lucha contra la vanidad y el ego. Lo que hoy admiramos en él, a más de 500 años de su nacimiento, es esa sencillez radical, ese desapego absoluto de los bienes materiales, ese deseo ardiente de ser fiel a su vocación.

Imaginemos por un momento a San Pedro de Alcántara recorriendo los caminos polvorientos de la España de su tiempo, siempre con un paso firme, pero sin prisa, con la mirada fija en el cielo, sin importarle las incomodidades ni las adversidades. Su vida era un continuo acto de confianza en Dios, un testimonio de lo que significa realmente ser pobre de espíritu, como Cristo lo enseñó. Sus jornadas eran largas y duras, pero su alma estaba en paz, porque vivía para lo eterno, no para lo temporal.

La austeridad que adoptó en su vida y que enseñó a los demás no era una simple elección ascética, sino la manifestación de una fe inquebrantable en que el alma se encuentra en la pureza y la serenidad más profundas cuando se despoja de todo lo superfluo. Así lo entendía él, y así nos lo legó a través de su ejemplo y sus enseñanzas.

Fue un hombre marcado por su cercanía a Dios, por su entrega radical y por su capacidad para ilumi-

nar las vidas de quienes se encontraban a su alrededor. Su vida nos habla hoy, como un susurro suave, de que la verdadera grandeza no está en lo que logramos en este mundo, sino en la manera en que nos entregamos a Dios y a los demás, con una humildad que trasciende todo lo que el hombre puede imaginar.

San Pedro de Alcántara, en su simpleza y en su despojo, nos invita a seguir el camino de la fe verdadera, el que no busca gloria ni reconocimiento, sino que encuentra en la oscuridad de la penitencia y la oración el amor eterno de un Dios que nos llama siempre a la plenitud. En este hombre, nacido en un rincón olvidado de la tierra, encontramos la revelación de que la santidad no es un lujo para unos pocos, sino un don accesible para todos, a través de la entrega total a Dios.

Prosigo mi caminata por las calles de Alcántara, dejándome llevar por la cadencia de las calles que, aunque pequeñas, están llenas de historia. Cada piedra parece narrar un fragmento del pasado. En una esquina, una vieja taberna con su cartel de hierro forjado invita a detenerse. Me acerco, como si algo me empujara a entrar, pero al final sigo mi camino. Los ecos del pasado parecen llamarme con cada paso, con cada calle que recorro.

Llego a la Plaza de la Constitución, un pequeño refugio que parece haber sido testigo de innumerables momentos históricos. Aquí, la calma es total. Un banco de piedra bajo un árbol frondoso me invita a descansar unos minutos, mientras contemplo la belleza de la plaza, rodeada de casas encaladas que parecen mirarse unas a otras con una complicidad silenciosa. Las fachadas, de un blanco inmaculado, contrastan con el color rojizo de las piedras de la iglesia y el antiguo convento que se alza al fondo.

El sol empieza a ponerse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y dorados. Decido tomar un camino que me lleva hasta la Plaza de la Fuente, donde el sonido del agua que brota de la antigua fuente trae consigo una sensación de frescura. Me siento junto a ella y, por un momento, dejo que la tranquilidad del lugar me envuelva. Desde aquí, la vista del pueblo es aún más impresionante. Las casas se agrupan alrededor de las colinas, y en el horizonte, el río Tajo serpentea suavemente hacia el sur, como si todo el pueblo estuviese mirando hacia él, como si todo el pueblo fuera una parte del mismo paisaje eterno.

A medio camino entre Alcántara y Mata de Alcántara nos encontramos con la ermita de Nuestra Señora de los Hitos, en un entorno natural que invita a la calma y a la reflexión. El edificio, de estilo sencillo y tradicional, refleja la arquitectura religiosa típica de las ermitas de la zona, con muros de piedra que se funden armoniosamente con el paisaje circundante. Su construcción, de modestas proporciones, alberga en su interior la imagen de la Virgen de los Hitos, una figura venerada por los vecinos de Alcántara, a quien se le atribuyen numerosos favores y milagros.

El origen del nombre de la ermita, “Los Hitos”, está vinculado a los antiguos hitos o marcas que se colocaban a lo largo del camino que conducía hasta este lugar de devoción. Estos hitos señalaban el recorrido para aquellos que, en tiempos pasados, realizaban peregrinaciones hasta la ermita, ya fuera a pie o a caballo, buscando la protección divina de la Virgen. Aunque muchos de estos hitos han desaparecido con el paso del tiempo, el nombre perdura y mantiene viva la tradición de la devoción hacia la Virgen de los Hitos.

La Virgen de los Hitos es una figura central en la vida religiosa de Alcántara. Cada año, los habitantes del municipio se congregan en la ermita para celebrar su festividad, el 8 de septiembre, una de las celebraciones religiosas más importantes de la localidad. En esta fecha, la ermita se llena de fieles que participan en la misa y en la tradicional procesión, donde la imagen de la Virgen es trasladada en andas por las calles del pueblo, acompañada de cantos y oraciones. Esta festividad no solo es un acto de fervor religioso, sino también una celebración comunitaria que fortalece los lazos entre los vecinos.

El entorno natural que rodea la ermita, con su aire sereno y tranquilo, añade una dimensión espiritual al lugar. Alcántara, un municipio conocido por su rica historia, su arquitectura y su cercanía al río Tajo, proporciona el contexto perfecto para una ermita dedicada a la Virgen de los Hitos. Los campos, las montañas cercanas y la calma del paisaje contribuyen a que este lugar se perciba como un refugio de paz, un espacio donde los creyentes pueden encontrar consuelo y una profunda conexión con lo divino.

La ermita también es un importante patrimonio cultural para Alcántara, pues más allá de su función religiosa, representa la historia y las tradiciones de un pueblo que ha sabido mantener vivas sus raíces y su fe a lo largo de los siglos. El cuidado y la restauración de este pequeño pero significativo edificio son prueba del valor que los alcantareños otorgan a su herencia espiritual.

Es un lugar de gran importancia religiosa, cultural e histórica para el municipio. Su sencillez arquitectónica, su vinculación con la devoción popular y el entorno natural en el que se encuentra hacen de este lugar un referente esencial en la vida espiritual de los habitan-

tes de Alcántara, un refugio de fe que ha perdurado a lo largo del tiempo.



Puente romano de Alcántara



Templete



Conventual de Alcántara



Ermita de la Virgen de los Hitos

4.- Mata de Alcántara

A escasos 6 km de Alcántara se encuentra la población de Mata de Alcántara, una pequeña localidad que, aunque cercana, conserva un carácter propio dentro del municipio. Esta cercanía no solo la une geográficamente, sino también culturalmente con Alcántara, pero al mismo tiempo mantiene su identidad, con tradiciones y costumbres propias que la hacen singular dentro de la región.

Mata de Alcántara, como muchas otras pequeñas poblaciones de la zona, tiene un encanto especial, reflejo de su historia y de la vida rural que predomina en la comarca. La tranquilidad de sus calles, la belleza del paisaje que la rodea y su cercanía a otros puntos de interés, como el Parque Natural de las Villuercas, convierten a Mata de Alcántara en un lugar que invita a ser descubierto por quienes buscan conocer más profundamente la vida en el corazón de la provincia de Cáceres.

Esta población se caracteriza por la cantidad de restos arqueológicos que conserva. Sí, Mata de Alcántara es una localidad que cuenta con restos arqueológicos importantes, destacando especialmente por su herencia prehistórica. La zona ha sido testigo de la presencia de diversas civilizaciones a lo largo de la historia, y en sus alrededores se encuentran varios monumentos megalíticos, como dólmenes, menhires y tumbas, que atestiguan su importancia en la Prehistoria y Protohistoria.

Los dólmenes de la tierra de Mata de Alcántara pertenecen a la tradición megalítica, típica de la Edad del Cobre y la Edad del Bronce, aproximadamente entre el 3.000 y el 1.500 a.C. Estos monumentos funerarios,

construidos con grandes piedras, servían como tumbas colectivas, y muchos de ellos se encuentran dispersos en el campo que rodea la localidad.

En cuanto a los menhires, que son grandes piedras erguidas verticalmente, también se pueden hallar en la región. Estos monumentos podrían haber tenido un carácter ceremonial o simbólico, aunque su función exacta sigue siendo un tema de debate entre los arqueólogos.

Los restos arqueológicos encontrados en la zona de Mata de Alcántara son de gran interés para comprender las primeras formas de organización social y las creencias de las antiguas poblaciones que habitaron la región. La disposición de los monumentos y su relación con el paisaje refleja una relación profunda con la naturaleza y con creencias espirituales relacionadas con la muerte y el más allá.

Hoy en día, muchos de estos sitios son puntos de interés para los amantes de la historia y la arqueología, y aunque algunos de los monumentos megalíticos han sufrido el paso del tiempo, siguen siendo testigos de las antiguas civilizaciones que dejaron su huella en la región.

Nuestra Señora de Gracia, iglesia de Mata de Alcántara, se remonta al siglo XV. El edificio se encuentra inacabado, por ese motivo se observa en su construcción claramente dos partes definidas. Siendo la más bella la más antigua que es la de mayor altura.

Se trata de un esbelto edificio de sillería que a los pies del mismo se encuentra un adosado en mampostería, de menor altura que el resto del templo, con cubierta de madera sobre arcos fajones apuntados. Que cuenta con una portada de medio punto con arquivoltas y la torre de mampostería, cajeada con sillería. Esta zona se puede datar en la primera mitad del siglo XVI, excepto la torre de obra muy sencilla, que parece ser del XVII.

Está construida con buena sillería y excelentes bóvedas de crucería estrellada. La bella portada principal tiene un arco de medio punto y arquivoltas. El resto de la nave, donde se encuentra el presbiterio, es de buena fábrica y proporciones y de gran calidad. Las excelentes bóvedas del templo hacen unos complicados dibujos, que dan idea del manuelino o gótico portugués. En el lado del Evangelio del tramo de la nave más elevado hay una puerta cegada y grandes ventanales de medio punto.

En el interior de este edificio resulta de interés el retablo mayor, que corresponde a finales del siglo XVI, un pequeño retablo en el muro del Evangelio con pinturas representando a San Bernardo y a San Francisco del siglo XVIII, así como restos de pintura mural del siglo XVI realizadas por el pintor cacereño Juan de Ribera.

Decidí regresar a Ceclavín. Aquel regreso fue como un eco antiguo que retumbaba en lo más profundo de mi alma. El sol de la tarde se deslizaba suavemente sobre las tierras de Cáceres, dorando los campos que, por más que pasaran los años, permanecían inalterables en su esencia. Regresaba al lugar donde todo había comenzado, el inicio de mi peregrinar por estas tierras desmesuradas, por estos campos que parecen no tener fin, como si la naturaleza se hubiera desbordado en un afán de abundancia.

El pueblo se alzaba ante mí con su aspecto modesto, sus tejados de barro y sus calles de piedra gastada por generaciones de pasos, que ya no eran los míos, sino los de aquellos que habían vivido antes, los que me precedieron en la senda del tiempo. Cada rincón parecía susurrarme historias de antaño, de épocas que ya no volverían, pero que se mantenían vivos en las voces que hablaban en su-

surros de esquina a esquina, de bar en bar, en la quietud del aire y el crujir de las puertas de madera.

Mi andar, marcado por el peso de los recuerdos, me llevó a la plaza central, donde una vieja fuente todavía murmuraba como antaño, como un bálsamo en la piel quemada por el sol inclemente del verano extremeño. Las gentes del lugar me miraban con una mezcla de curiosidad y cordialidad, como si en mi rostro aún pudieran leer las huellas de aquellos que habían partido, los que se habían ido en busca de algo que no sabían si encontrarían. El viento traía consigo los aromas de la tierra húmeda, del tomillo y la jara que crecen en los campos cercanos. Cada respiración era un reencuentro con algo más profundo que la razón, un reencuentro con mi propia esencia.

Sentí que Ceclavín, con su sencillez y su poder, me abrazaba sin palabras, sin necesidad de explicaciones. Había partido de aquí como quien se lanza a la aventura, sin rumbo fijo, con el corazón lleno de preguntas y la mirada fija en el horizonte. Pero regresaba con la conciencia más plena, con la mente templada por las vivencias de los caminos recorridos, por las gentes que había conocido y los paisajes que se habían grabado a fuego en mi memoria. Y sin embargo, al pisar nuevamente esta tierra, supe que nada de lo que había vivido en esos viajes había sido en vano.

La paz que se siente al regresar no es otra cosa que la certeza de que todo lo vivido, todo lo aprendido, tiene su origen en el lugar de donde uno parte, en el pequeño rincón del mundo que nos da forma y nos prepara para caminar más lejos, para ver más allá, sin perder nunca de vista el punto de partida.

Así, regresé, con el alma renovada, con las manos cargadas de historias, de voces lejanas y de visiones

del futuro. Pero en mi pecho, más allá de todo, latía el amor por este rincón perdido de Extremadura, donde el viento siempre lleva consigo la promesa de nuevos comienzos, de nuevos destinos. Y sabía, con certeza, que en Ceclavín, siempre sería bienvenido.



Menhir del Cabezo



Dolmen Maimón II



Iglesia de Nuestra Señora de Gracia



Retablo mayor, primera mitad del siglo XVII



Ermita de San Lorenzo

II

El río que nunca muere: aventuras en el Tajo

Había oído hablar de ellos, de esos paseos en barco por el río Tajo, como quien escucha una promesa lejana, algo que se cuenta entre susurros, con una mezcla de misterio y fascinación.

Decían que el río tenía el poder de trasladarte más allá de las fronteras del tiempo, que al subirte a una de esas embarcaciones, uno se entregaba a un viaje que era tanto físico como espiritual, un viaje hacia lo profundo de la tierra y hacia los secretos de la memoria. Aquel día, no pude evitarlo. La tentación me asaltó con la fuerza de una corriente invisible, y decidí que era el momento de ver por mí mismo lo que tanto se rumoreaba.

La mañana estaba impregnada de una luz dorada, tan suave y matizada que parecía hecha a medida para un paseo de esa índole. Las aguas del Tajo, calmadas y silentes, reflejaban el cielo azul que se desplegaba con una claridad casi mística, como si la naturaleza misma hubiera elegido aquel día para ofrecerse en su más pura forma.

El embarcadero, solitario y discreto, aguardaba a los pocos viajeros que se atrevían a sumergirse en la quietud del río. El lento avanzar de la embarcación daba al lugar una atmósfera de calma profunda, como si el tiempo, al igual que las aguas, se deslizara sin prisa pero sin pausa.

El barco, que parecía haber estado aguardando en silencio, apenas susurró cuando la mano experta del patrón giró el timón y la hélice comenzó a moverse, quebrando la calma de la mañana. Con un crujido sordo, como el de un viejo roble al ceder bajo el peso de los años, el casco de la embarcación se despegó lentamente del embarcadero. El agua del Tajo, perezosa y densa como una promesa a medio cumplir, acarició las maderas viejas, y el barco, como una criatura que acaba de despertar de un largo letargo, empezó su andadura.

El río, inmenso y sin prisa, se extendía ante ellos como un viejo pergamino, un paisaje que, por muchos siglos, había presenciado historias de batallas, amores y traiciones, guardando en sus aguas el eco de todas las voces que habían surcado sus orillas. No era un río cualquiera, el Tajo, sino un río que conocía el paso de los imperios, el arribo de naves cargadas de oro, las invasiones y los exilios. En su curso se gestaron leyendas, y, al mismo tiempo, se desvanecieron imperios enteros. Lo que estaba por venir en ese día, sin embargo, no era más que un fugaz capítulo más, pero eso, por lo menos, el río no lo sabía.

Los remos, cubiertos por un barniz del mismo color que la madera envejecida, se sumergieron con lentitud en las aguas estancadas. Una ligera neblina, que al principio parecía dudar entre quedarse o disiparse, comenzaba a desvanecerse como una sombra al sol, per-

mitiendo que la luz matutina se filtrara a través de los árboles y tocara la piel del río. A lo lejos, las montañas de Monfragüe se alzaban, negras y altivas, como centinelas de piedra, vigilantes de las eras. El sonido del motor, pesado y lleno de ecos metálicos, se fue desvaneciendo con cada metro recorrido, hasta que sólo quedó el murmullo del agua, como un suspiro que se pierde en la vastedad.

El barco comenzó a moverse con lentitud, deslizándose sobre las aguas que parecían tomar parte del mismo movimiento, como si el río, al fin, aceptara la presencia del visitante. El suave chapoteo de los remos se unía al sonido del viento, que acariciaba las copas de los alcornoques y encinas que custodiaban las orillas. Las primeras piedras de los acantilados, esas viejas montañas erosionadas que se alzaban ante mí, parecían levantarse de la nada, como si la tierra misma hubiese sido esculpida por las manos invisibles del tiempo.

A medida que el barco avanzaba, el paisaje se abría ante mis ojos con una majestad que me sorprendió. Las formaciones rocosas, las grietas, las cavidades de las piedras, parecían narrar historias que se entrelazaban con la esencia misma del río. Las aves de gran porte, como los buitres leonados, volaban tan alto que uno se preguntaba si de verdad formaban parte de ese mundo humano, o si pertenecían a una especie de dioses que observaban el paso fugaz de los hombres.

El Tajo, que corría lento pero seguro, me parecía un ser antiguo, un cuerpo lleno de memoria y sabiduría, que no tenía prisa por llegar a su destino, pues sabía que, al final, todo río se dirige al mismo lugar: al mar de lo eterno.

El barco avanzaba, lento pero firme, surcando un tramo del Tajo que, en esos momentos, parecía propio de otro tiempo. Las rocas calizas que sobresalían del agua estaban cubiertas de musgo, como vestigios de una edad olvidada, y las aves que merodeaban por encima —buitres leonados, águilas reales— se movían con la precisión de cazadores sin igual. El aire, impregnado de humedad y tierra, olía a algo salvaje y primitivo, como si la naturaleza misma se hubiera empeñado en no perder ni un solo instante de su existencia, ni un solo rincón de su dominio.

El capitán, hombre curtido en el río y en la vida, observaba en silencio el horizonte, como si el curso del Tajo le ofreciera un mapa secreto de su destino. No había prisa en sus movimientos, ni urgencia en su mirada. Su vida se deslizaba entre las aguas del río, al igual que ese barco, siguiendo una ruta que no tenía nada que ver con el tiempo, sino con la memoria. Porque el Tajo, al igual que las viejas historias que se cuentan en las tabernas de los pueblos cercanos, no se apura ni se olvida.

A medida que el barco se internaba más en el río, los árboles se volvían más espesos, las orillas más agrestes, y el mundo civilizado, con sus inquietudes y gritos, se desvanecía como un espejismo lejano. Allí, en medio de ese paisaje que parecía haberse detenido siglos atrás, uno sentía que las montañas se erguían no como una barrera, sino como un antiguo recordatorio de lo que perdura, lo que permanece más allá de las conquistas y las ruinas.

El Tajo, con su curso plácido y seguro, parecía ofrecer, como siempre, una lección de calma y paciencia, una invitación a recordar que, al final, todo lo que hemos hecho, todo lo que hemos conquistado o perdido, queda

suspendido en las aguas de los ríos, que se deslizan hacia un destino incierto, pero sin prisa. Y en ese vaivén de aguas lentas, en ese crisol de historia y naturaleza, el barco siguió avanzando, como un viejo marinero que, a pesar de las tormentas y los naufragios, nunca olvida el horizonte al que se dirige.

El sol, aún tímido en su ascenso, bañaba con luz dorada las aguas tranquilas del Tajo. A medida que el barco avanzaba, la brisa fresca y suave acariciaba los rostros, como un susurro lejano que traía consigo ecos de historias olvidadas. Las montañas de Monfragüe se alzaban a lo lejos, como viejos guardianes de la naturaleza, cubiertas por una capa densa de vegetación que parecía inmutable ante el paso del tiempo. En silencio, dejé que el barco me llevara. Las montañas de Monfragüe, en su silencio imponente, parecían advertirnos de que este paisaje no era para todos. Se trataba de un paraje donde la naturaleza y la historia, el hombre y el tiempo, se fundían en una danza que solo aquellos dispuestos a detenerse a escuchar podían entender. Allí, en ese rincón olvidado de la tierra, era como si el pasado y el futuro se desvanecieran, y uno se encontrara, por fin, cara a cara con lo que siempre había buscado: la paz en su forma más pura y profunda.

La embarcación, ligera y silenciosa, cortaba el agua con la elegancia de un ave que surca el cielo. A lo lejos, las paredes rocosas del castillo de Monfragüe emergían con la solemnidad de una fortaleza ancestral, como si el mismo río Tajo hubiera trazado su curso a lo largo de los siglos para abrazar esos muros cargados de historia.

A cada rincón que se desvelaba ante los ojos, el paisaje cobraba una intensidad inusitada, como si cada roca, cada árbol, cada rincón del parque susurra-

ra un secreto antiguo, un relato suspendido en el aire. Las paredes de granito, erosionadas por el tiempo, se erguían con fuerza, decoradas con matices de ocres y grises que contrastaban con el verde profundo de los alcornoques y encinas que las cubrían.

Al pasar bajo el puente de la “Cueva de las Carretas”, la silueta de un buitre leonado surcaba el cielo despejado, tan alto que parecía formar parte del mismo viento. Sus alas desplegadas formaban un perfecto triángulo, como un símbolo de la libertad salvaje que reinaba en estos parajes. El sonido lejano del agua chocando contra las rocas, el crujir de las ramas movidas por el viento y el canto lejano de un mirlo daban vida a un entorno que, aunque silencioso, estaba lleno de voces que solo los ojos más atentos podían escuchar.

La corriente del río Tajo, en su curso lento y seguro, parecía llevar consigo los recuerdos de aquellos tiempos en los que los romanos, los visigodos y más tarde los musulmanes se disputaban la riqueza de estas tierras. Un convento ruinoso, oculto entre los árboles, parecía observar con mirada serena el ir y venir de los siglos, como si en su quietud fuera capaz de comprender la profunda belleza de este rincón del mundo.

Al contemplar las formaciones rocosas, uno podía imaginar cómo la vida aquí había sido escrita en piedra: las águilas reales que, desde sus nidos elevados, vigilaban el curso del río como dioses inmóviles; los zorros y ciervos que cruzaban con cautela, sabedores de la historia ancestral que se tejía en cada paso de sus patas. La fauna del parque parecía vivir con la misma atemporalidad de las montañas que la sostenían, como si todos fueran parte de un único y eterno relato.

Mientras el barco avanzaba con su ritmo tranquilo, el paisaje del Parque Nacional de Monfragüe se desplegaba en todo su esplendor. En sus aguas reflejadas, el cielo se convertía en un lienzo sin fin donde las nubes danzaban como fantasmas, mientras la naturaleza a su alrededor narraba, con cada detalle, la epopeya de un lugar que nunca fue domado por la mano del hombre. La experiencia, como un sueño suspendido en el tiempo, quedaba grabada en la memoria, un paseo por la naturaleza que no solo se veía, sino que se sentía, como si las mismas rocas, árboles y aves se unieran en una sinfonía perfecta.

Era imposible no rendirse ante la grandeza de un lugar tan pleno y sereno, donde la historia y la naturaleza no eran algo distante, sino algo que se palpa, se respira y se lleva en el alma. En ese paseo en barco, entre las aguas y las rocas, uno entendía que, en Monfragüe, el tiempo no es un concepto que se mide, sino que se vive.

Así, mientras el barco surcaba el Tajo, me dejé llevar por su corriente, sin más que la certeza de que, en aquel viaje, el paisaje no era solo aquello que veía con los ojos, sino aquello que mi alma recibía en silencio. Y, de alguna manera, el río, como un viejo amigo que sabe más de ti de lo que tú mismo sabes, me susurraba al oído las historias que siempre había querido escuchar.

El sol ya comenzaba a inclinarse, filtrando su luz dorada sobre el agua tranquila. El bote había surcado las aguas del río sin prisa, como si, de alguna manera, entendiera que los placeres lentos son los más valiosos. El viento, suave y cargado de aromas a sal y a tierra húmeda, acariciaba el rostro de quien, tras haber recorrido el cuerpo de agua, encuentra en el horizonte una idea tentadora: la de desembarcar.

Así, el ojo se fija en el contorno de un pueblo que se recorta en el paisaje. Un rincón pequeño, de esos que parecen detenidos en el tiempo, con casas que se asoman al abismo de la colina y calles estrechas que serpentean entre los restos de muros viejos y piedras que han visto más historia que los hombres mismos. Mirabel. El nombre es como una invitación: misteriosa, casi secreta, como si uno tuviera que ser un poco valiente para decidirse a explorar sus recovecos.

“¿Por qué no?” piensas mientras sientes en la palma de la mano el peso de la decisión. No es solo el anhelo de recorrer sus calles empedradas, sino la intuición de que hay algo más en ese lugar. Tal vez no mucho, pero lo suficiente como para que, después de una travesía sobre el agua, apetezca perderse en su silencio. Porque en los pueblos como Mirabel, donde la modernidad parece haberse olvidado de hacer acto de presencia, siempre hay algo que da sentido a la curiosidad. Una vieja iglesia, una plaza escondida, un balcón florido.

Te diriges al muelle sin prisas, dejando que el viento aún juegue con el aire. Subes al barco que te llevará a la orilla y, en el trayecto, el pueblo se va acercando, pero no de forma agresiva, sino con esa calma que emana de los lugares que han aprendido a resistir el paso del tiempo sin perder la compostura.

Mirabel te espera. Sin que nadie lo diga, lo sabes.



Paisaje en el término de Torrejón el Rubio



Panorámica, desembocadura
de los arroyos Barbaón y Malvecino



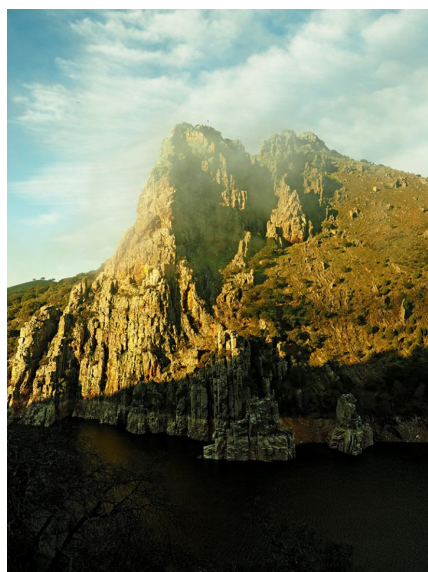
Parque Nacional de Monfragüe



Los farallones cuarcíticos



El río Tajo a su paso por Monfragüe



Los roquedos



El Salto del Gitano, las laderas de las sierras que encajonan el Tajo son fragosas



Puesta de sol en Monfrague

1.- Mirabel

Llegamos a Mirabel, una población enclavada en la sierra de los Canchos, en la Alta Extremadura, a unos 12 km al cauce del río Tajo por el este y al Alagón por el oeste.

Había sido un día largo, de esos que el sol quema sin piedad hasta la última hora, dejando el aire cargado de polvo y promesas rotas. Mirabel, pequeño bastión extremeño atrapado en la curva del tiempo, se alzaba silencioso. Las casas, con su cal desconchada y sus tejados torcidos como sombreros viejos, parecían susurrar secretos de siglos, historias de conquistas y olvidos.

Al atravesar la Plaza Mayor, salvo vacía por un par de gatos que dormitaban a la sombra de una fuente seca, el sonido de nuestros pasos resonaba como un eco sin dueño. Allí, donde antaño se comerciaban cerdos y ovejas, ahora quedaba solo el rumor de una campana lejana, el toque pausado del Ángelus que, como un reloj sin sentido, marcaba un tiempo que a nadie importaba.

El castillo, o lo que quedaba de él, nos miraba desde lo alto con la altivez de quien sabe que su caída es más memorable que su gloria. Piedras gastadas, musgo y un aire que olía una derrota. Desde allí, el paisaje se abría a la llanura, vasto, indómito, sembrado de encinas y sombras. Era fácil imaginar a los caballeros que partieron hace siglos, lanzas al viento y sueños más grandes que sus armaduras. Hoy, el único caballero visible era el viento, que barría la hierba con furia y susurraba nombres que nadie recordaba.

Aquí, el término municipal está atravesado por las alineaciones del Arco de Cañaveral, prolongación de

las estribaciones del Parque Nacional de Monfragüe. El término “Miravel-mirabel” significa lugar de donde se goza de buena vista sobre una extensión de terreno, de hecho, el pueblo se emplaza sobre un elevado cerro. El nombre del municipio como “Miravel” o “Mirabel” se mantiene indistintamente hasta bien entrado el siglo XX.

Mirabel se surte de las aguas potables del pantano mancomunal compartido con Casas de Millán y Serradilla, denominado “Pantano Ribera del Castaño”. Pero, en el municipio y en su término municipal existen varios pozos. Durante años el agua subterránea era un medio barato de abastecimiento de la población, fácilmente accesible y vital para un tercio de los riegos.

Paseando por el valle de entre la Pozuela y la Finca de la Quinta de Mirabel, hemos podido ver los pozos que allí se encuentran. En la zona existen varias casas de pastores ya derruidas y en la falda del monte más próximo al Cerro de los Palos, encontramos un aljibe en la zona más alta y algo más abajo dos pozos de agua de gran profundidad.

Esta población se remonta a las edades del Cobre y Bronce. Aún existen varios parajes del término municipal, concretamente en El Bosque y en Las Perdigueras, donde se han localizado hachas pulimentadas, piedras de molino y varias piezas pequeñas en tierra pulimentada de diversos colores, con pequeños orificios, que posiblemente sean cuentas de un collar.

Los orígenes de Mirabel, como los de tantas aldeas olvidadas de Extremadura, están escritos en piedra, hierro y polvo. Mirabel no nació con suavidad; no fue fruto de pactos o acuerdos, sino de un forcejeo entre el hombre y la tierra. Sus cimientos se hunden en un tiempo que se ha perdido en las páginas rasgadas de la

historia, cuando los romanos trazaron caminos y los visigodos levantaron templos que ahora no son más que rumores bajo los campos de trigo.

Es fácil imaginar los primeros asentamientos, pequeños grupos de hombres endurecidos por el hambre y el miedo, trazando sus vidas al abrigo de la Sierra de Mirabel, con la espada siempre cerca y un ojo vigilando el horizonte. Aquella tierra, bañada por el Tajo y sus afluentes, era rica, sí, pero también traicionera. Al abrigo de sus sierras y valles, surgían emboscadas y revueltas, moros y cristianos, bandidos y ejércitos, todos disputándose lo que jamás fue suyo del todo.

Fue en tiempos de la Reconquista cuando Mirabel empezó a dejar de ser un lugar indefinido para convertirse en algo parecido a un pueblo. Conquistada y reconquistada, pasó de manos musulmanas a cristianas tantas veces que perdió la cuenta, dejando tras de sí un rastro de sangre que aún parece empapar las raíces de las encinas. Fue Alfonso VIII quien, tras una de sus campañas, hizo de estas tierras un enclave estratégico, una pieza más en el juego de ajedrez que era entonces la lucha por el territorio.

Mirabel nunca fue grande ni quiso serlo. Siempre ha sido un lugar de paso, un testigo mudo de la historia más grande que lo rodeaba. Por aquí marcharon soldados de los Reyes Católicos, y más tarde, en la Guerra de la Independencia, fue escenario de escaramuzas y saqueos. También conoció el hambre de los años malos y la resignación de los buenos.

Hoy, cuando uno pasea por sus calles estrechas y sienta el peso de su castillo en ruinas, es fácil imaginar el eco de aquellos primeros días. Mirabel no se explica con grandes gestas ni héroes legendarios, sino con la suma

de pequeñas historias: la de un pastor que alzó la vista hacia las sierras y decidió quedarse; la de un caballero que alzó su espada en defensa de un lugar que apenas conocía, ese fue Lope de Zúñiga, caballero premiado por la Corona, concediéndole llevar en su escudo las armas de su triunfo: los trece panes arrojados al enemigo.

En memoria de sus antepasados, los marqueses de Mirabel instituyeron una curiosa costumbre. Cada año, en el aniversario del episodio de los “Trece panes”, se concedía a trece pobres de la villa trece panes y otros recursos para cubrir sus necesidades más apremiantes. Lo que ampliaron al crear la *Institución del Pan*, siendo diario y vitalicio el socorro «de dos libras de pan a cada indigente». Esto se practicó en Mirabel hasta el primer decenio del siglo XX, en que se extinguió tan curiosa obra de caridad con que los descendientes del comendador templario honraban la memoria de su bravo antepasado frey Lope de Zúñiga, y continuaba el «voto expiatorio”, de los defensores medievales de Mirabel.

Desde la refundación de la ciudad de Plasencia en el año 1186, Mirabel formaba parte del llamado alfoz de Plasencia y, por tanto, estaba sometida a su fuero. Con la compra por parte de don Pedro de Zúñiga de unos terrenos en el control de los tributos de esta aldea, se inicia el proceso de independencia del lugar.

El día 22 de febrero de 1498 la aldea de Mirabel fue testigo del enfrentamiento entre los vecinos del municipio y don Francisco de Zúñiga. Este había heredado de su padre el duque de Arévalo una extensión de terreno muy productiva y fue arrasada por los vecinos del lugar. El motivo fue su oposición al señorío pretendido por el hijo del duque, de traspasos de términos del alfoz placentino por su antiguo señor. La Corona reco-

noció el realengo de Mirabel, confirmando el título de la viuda e hijos de don Francisco de Zúñiga a extensas heredades. El 10 de junio de 1488 fallece Álvaro de Zúñiga, duque de Plasencia. A su muerte los nobles de la ciudad inician una serie de luchas para devolver la ciudad al poder Real, acabando con el dominio de los Zúñiga sobre Plasencia. Fuera de la ciudad, sus hijos y nietos inician una serie de disputas por repartirse la herencia. En el reparto corresponde a Francisco de Zúñiga los derechos que su padre tenía sobre Mirabel. El 27 de noviembre de 1488 los Reyes Católicos conceden, en Valladolid, una Cédula-Privilegio por la que le otorgan a Francisco de Zúñiga la jurisdicción civil de Mirabel. A su muerte corresponde el señorío a su hijo Fadrique, no obstante es su viuda María Manuel de Sotomayor quien ostentará el título, encontrando una fuerte oposición por parte del concejo de Mirabel. Don Francisco de Zúñiga recibe el señorío de la fortaleza y vasallos, pechos, derechos y jurisdicciones.

En los campos de Mirabel se libró la única batalla que consta haber tenido los comuneros (1520-1522) con las tropas imperiales en nuestra provincia, que quedaron victoriosas, en dicha fecha la villa y castillo eran ya propiedad de la potente familia de los Zúñiga, habiendo premiado el Emperador Carlos V los servicios que le prestara don Luis de Zúñiga y Dávila, con el título de Marqués de Mirabel.

Los hechos sucedieron de la siguiente manera. En 1516 muere Fernando de Aragón y Carlos se convierte en rey de España. En 1516, aun siendo regente el cardenal Cisneros, ya empezaron a otorgarse una serie de cargos importantes a flamencos del círculo del monarca, al tiempo que se enviaba dinero español a

Bruselas para financiar a la corte de Borgoña. Todo ello provocó recelos en la corte castellana, ya que los nobles veían disminuidos sus privilegios y acceso al poder, sin menoscabar la herida en el orgullo de los privilegiados castellanos al ver que los puestos que ellos consideraban suyos eran dados a extranjeros.

Por otro lado, las ciudades castellanas también estaban dispuestas a defender sus privilegios. Eran muchos los que en España preferían al hermano menor de Carlos, el infante Fernando, que había sido educado en España y gozaba de popularidad frente a un rey extranjero. En octubre de 1517, el rey Carlos I llegó a Asturias proveniente de Flandes, donde se había autoproclamado rey de sus posesiones hispánicas en 1516. A las Cortes de Valladolid de 1518 llegó sin saber hablar apenas castellano y trayendo consigo un gran número de nobles y clérigos flamencos como Corte, lo que produjo recelos entre las élites sociales castellanas, que sintieron que su advenimiento les acarrearía una pérdida de poder y estatus social (la situación era inédita históricamente). Este descontento fue transmitiéndose a las capas populares.

En 1518 las Cortes estaban dirigidas por Juan de Zumel, que rechazaron la presencia de extranjeros en sus deliberaciones. Zumel pidió al rey que respetara las leyes de Castilla, que prescindiera de los extranjeros a su servicio y que aprendiera y hablara español. Pero en junio de 1519, en Barcelona, Carlos I recibió la noticia de que había sido elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, lo que era un éxito para él ya que consideraba que el título imperial de correspondía por derecho. Aunque, si bien es cierto que algunos españoles comprendían las posibilidades que abría el

título imperial de Carlos I, no satisfacía ni impresionaba a la mayoría de súbditos españoles. Éstos deseaban un monarca propio y no compartir a un emperador extranjero. El resentimiento hacia Carlos y el partido borgoñón se iba haciendo más fuerte y permanente, surgiendo una oposición colectiva, sobre todo en Castilla. Otras causas llevaron al movimiento comunero como el descontento en el sector textil, los conflictos sociales entre las ciudades y la nobleza.

En el mes de junio de 1520 las revueltas se difundieron por gran parte de Castilla la Vieja, expulsando a los oficiales reales y a los recaudadores de impuestos, sustituyendo los Ayuntamientos por Comunidades.

Esta rebelión de los Comuneros fue protagonizada por algunas ciudades castellanas, situándose Plasencia en la línea de ciudades importantes cercanas a Ávila, Salamanca y Segovia. Un ejército al mando de don Antonio de Zúñiga ayudó a la causa de Carlos V. Concretamente, en unas viñas de Mirabel, se libró la única batalla cercana que tengamos noticia. Al morir don Diego de Trejo, uno de los comuneros placentinos, dejó en su testamento una parte de sus rentas para indemnizar a los dueños de la viñas que estropearon los campos de Mirabel, en una acción que allí se dio contra las fuerzas reales, dejando una manda o legado a la viuda de un herrero que vivía en la calle Trujillo de Plasencia y que comprometido por don Diego murió en esa acción.

El 5 de diciembre de 1520, con la ayuda de la aristocracia y el envío de fuerzas desde Portugal, tomaron Tordesillas, el cuartel general de la Junta y donde se encontraba la reina Juana recluida. Pero los comuneros no estaban aún derrotados, ya que era un movimiento social, además de político, con protagonismo de los sec-

tores medios de la sociedad en contra de la aristocracia terrateniente y sus aliados. El rey Carlos tuvo la habilidad estratégica de nombrar a Fadrique Enríquez e Íñigo Velasco con gobernadores de Casilla junto a Adriano de Utrecht, con lo que alineaba con ellos a los magnates castellanos en favor de la causa real.

Los comuneros iban perdiendo aliados, ciudades y fuerzas. Finalmente fueron derrotados militarmente en la batalla de Villalar el día 23 de abril del año 1521, en la que intervino don Antonio Zúñiga Guzmán, prior de la Orden de San Juan, hermano de la madre de Luis de Ávila, como jefe de las fuerzas realistas en el reino de Toledo. Fue nombrado por el emperador, virrey de Cataluña en 1523. Los dirigentes comuneros Padilla, Bravo y Maldonado fueron ajusticiados. La revuelta, que había comenzado como un movimiento antiextranjero, acabó como una revuelta social en un principio urbana y luego campesina antiseñorial. La victoria imperial afianzó el autoritarismo real y provocó la decadencia de los grupos burgueses, los cuales habían promovido los levantamientos.

El emperador Carlos V en el año 1535 concedió a Mirabel el privilegio de Villa, sometida a la jurisdicción y dominio de don Fadrique de Zúñiga y Sotomayor, nieto del I Duque de Béjar, al que concedió el título de Marqués de Mirabel.

El castillo pasaría posteriormente a su hijo don Fadrique de Zúñiga, que –tal y como hemos indicado– fundó el 24 de mayo de 1535 mayorazgo y obtuvo el título de Marqués de Mirabel. En el año 1558 Fadrique de Zúñiga compra al rey Felipe II la jurisdicción criminal para Mirabel, completando así el proceso señorial. En 1562 el papa Pablo IV concede el patronazgo de la

parroquia a Fadrique de Zúñiga y él sus sucesores, independizándose así del Obispado de Plasencia, que demostrará el reconocimiento de esta concesión hasta 1585.

La plaza de Mirabel estaba desierta, apenas una brisa ligera recorría el pavimento empedrado, moviendo con pereza las hojas secas que yacían dispersas bajo la sombra de un par de olivos. Todo allí parecía detenido en el tiempo, como si el mundo, en su apresurado paso por otras partes, hubiera olvidado este rincón apartado, esta quietud dorada por el sol que se colaba entre los edificios viejos y las campanas que callaban, al menos por el momento, su canto habitual. Ante mí, la iglesia se erguía, como una pieza de resistencia contra las décadas que la rodeaban. No era la grandiosidad lo que impresionaba, sino la austeridad noble que sus piedras transmitían. No había adornos innecesarios, solo las cicatrices del paso del tiempo en sus muros, testigos de guerras olvidadas y vidas sencillas.

El portal de la iglesia era bajo, de madera robusta y algo desvencijada, como una boca dispuesta a hablar; pero callada. Mi mano rozó la fría superficie del hierro que enmarcaba la puerta, y un susurro me alcanzó, como si la piedra misma me invitara a entrar. No había nada especialmente enigmático ni atractivo en la iglesia desde fuera, pero había algo en el aire, un peso intangible, una especie de magnetismo que tiraba de mí hacia el interior, hacia la penumbra que prometía silencio y reflexión.

Empujé la puerta y el crujir de la madera resonó en el espacio vacío, un eco lejano que parecía, por un momento, desenterrar historias que nadie contaría ya. El interior de la iglesia era frío, no solo por la temperatura, sino por la atmósfera de quietud que la impregnaba. El altar estaba iluminado por los pocos rayos de luz

que se colaban por las rendijas de los vitrales. La luz no era dorada ni cálida, sino una luz gris, casi triste, que parecía no pertenecer a este mundo, como si se filtrara de algún lugar lejano.

Los bancos de madera crujían al menor movimiento, pero había algo que incitaba al respeto, como si uno no pudiera ni siquiera pensar en perturbar la paz que reinaba en el lugar. No había turistas, no había ruido, solo el sonido de los pasos en el suelo frío y el silencio denso que envolvía cada rincón.

Avancé hacia el altar sin saber muy bien qué buscaba. Las velas, encendidas por manos ajenas, daban una luz vacilante, pero no importaba. Era como si el mismo tiempo hubiera decidido tomarse un descanso en ese lugar, y cada segundo que pasaba no era un segundo más, sino el último y el primero al mismo tiempo.

Me quedé allí unos minutos, tal vez más. Mirando al vacío, observando las figuras de madera que se alzaban desde las columnas, testigos mudos de lo que había sido. La iglesia no ofrecía respuestas, ni promesas, pero, en su silencio, parecía que todas las preguntas posibles quedaban suspendidas, como el aire denso que aún flotaba alrededor.

La planta de la iglesia pertenece al tipo de planta de salón. En su interior está dividida en tres tramos por arcos fajones que arrancan de ménsulas, con cubierta de madera de seis planos. En el primer tramo está situado el coro, con barandal de balaustres de piedra, estando el sotocoro formado por tres arcos de medio punto sobre pilares cuadrados y cuatro columnas toscanas. El presbiterio es poligonal y se cubre con bóveda de crucería y escudo de los Zúñiga pintado, en uno de los escudos pone la fecha en la que se policromó la bóveda: AÑO

1781. Debajo del coro, a los pies del templo, estaba una imagen barroca de Santiago como peregrino Xacobeo.

En el muro de la Epístola, en un retablo barroco, destacamos una Virgen de los Dolores de vestir, procedente del convento de Nuestra Señora de los Ángeles o de la Moheda de Grimaldo, ubicado a 10 km. A ambos lados de la Virgen, San Francisco de Asís y San Antonio con el Niño, en talla policromada.

En la predella de dicho retablo se conservaba una artística imagen de Cristo yacente. A un lado del retablo, una imagen de San Antonio con el Niño, imagen del siglo XVIII. Al otro lado, la imagen barroca de San Francisco de Asís, que lejos de la actitud serena de la obra anterior, se nos representaba con un mayor movimiento.

En el muro de la Epístola, en una capilla está la sepultura de don Antonio María de Zúñiga Dávila, que falleció en 1845, tal y como reza en una lápida colocada en la pared. En este espacio litúrgico, destacamos un retablo barroco de la primera mitad del siglo XVIII, con resuelta policromía y estofados que engalanan este retablo decorado con abundantes motivos vegetales, y presidido por una magnífica talla del Crucificado.

En el intradós del arco, antes de pasar a la capilla de la Virgen de la Jarrera, situada en el muro de la Epístola, se conserva una imagen de San Antón, procedente de la ermita de su nombre, obra del siglo XVI. Frente a esta imagen, en el otro intradós del arco, está la imagen de San Juan Bautista, con el *Agnus Dei* o Cordero Divino, es obra del siglo XVI.

En una capilla, se venera a la patrona de la localidad, la Virgen de la Jarrera. Imagen del siglo XVI contenida en gestos y actitudes. Representa a la Virgen de pie sosteniendo al Niño con ambos brazos mientras que éste

con una mano sostiene la bola del mundo y con la otra bendice. La imagen procede de una ermita ubicada en la finca “La Herrera”, de donde podría proceder su nombre al cambiar la “h” por la “j”. No obstante, la tradición popular nos indica que apareció esta talla oculta en el campo dentro de una jarra.

El retablo del altar mayor es de estilo barroco con tres cuerpos terminados en un frontón circular, con cuatro ángeles que tocan instrumentos musicales. En el broche que sirve de remate del retablo mayor está el escudo de los Marqueses de Mirabel, mecenas de la obra entre los años 1730-1740, fueron los encargados de construir el relicario que flanquea el conjunto por el costado del Evangelio, decorado con una pintura de Ntra. Sra. de las Lágrimas que se encuentra en el lado del Evangelio del Altar Mayor. Este retablo es obra de mediados del siglo XVIII, ostenta el escudo de los Zúñiga. En el relicario se conserva un rosario de Santa Teresa de Jesús. Está presidido por una representación pictórica en cuya base puede leerse: “N^a S^a DE LAS LAGRIMAS”. Se trata de una representación de La Piedad. Destaca aspectos maternos de la Virgen, que sostiene el cuerpo rígido de Cristo, casi horizontal con las piernas dobladas que refleja patetismo, con los brazos caídos.

El retablo está formado por tres calles. En cada calle hay una escultura de bulto redondo, San Cosme y San Damián, obras del siglo XVI. Los escudos que timbran las peanas de los mártires San Cosme y San Damián pertenecen a don Serafín Agustín Pimentel de Zúñiga y Sotomayor. Los santos proceden de un antiguo hospital que fue construido en el siglo XVI.

En la parte superior desapareció un cuadro que había en el retablo, en su lugar, se colocó otro del Corazón de Jesús, de 1907, firmado por Carnasa.

Se policromó el retablo mayor en el siglo XVIII, según consta en una inscripción:

“ESTE NICHOS SE DORO A COSTA DE(L) BACHILLER
Dn JUAN GIL SERANO CVRA DEL BILLAr AÑO DE 1757»
(Evangelio) y «ESTA OBRA SE DORO A COSTA DE LAS
LIMOSNs DESTA YGLESLA AÑO DE 1757” (Epístola).

En el Altar Mayor, en el lado de la Epístola, hemos de destacar en un retablo barroco una magnífica obra artística del Ecce-Homo. Representa a Cristo con las manos cruzadas y atadas. Este busto, está cortado horizontalmente, un poco más abajo del paño de pureza. De esta manera se adapta bien para su exposición, máxime cuando en este caso la escultura se cobija en un retablo realizado para la exposición de esta imagen. Podemos fecharle a finales del siglo XVII.

Dentro de la estructura arquitectónica, resaltamos la mesa de altar que adopta el punto de vista frontal, decorada a base de molduras geométricas y elementos vegetales. Es obra de mediados del siglo XVIII.

Finalmente, salí de la iglesia, dejando atrás el frescor de la penumbra. La plaza seguía allí, intacta, sin haber cambiado ni un ápice. La iglesia permaneció detrás de mí, como una sombra que no se desvanece, un eco lejano que me acompañaba, sin necesidad de palabras.

Frente a mí, el rollo jurisdiccional, símbolo de la villa para administrar justicia. Fue construido en la segunda mitad del siglo XVI. Es insignia de dominio señorial, es decir, población con jurisdicción privada; y además se utilizó como patíbulo para ajusticiar a los condenados por ahorcamiento o decapitación. Este esbelto rollo de la aldea de Mirabel es símbolo de un poder delegado.

Por un decreto real el monarca delegaba el poder jurisdiccional en un noble, que lo ejercía en su nombre. Precisamente el símbolo de ese poder delegado venía representado por el llamado Rollo de Justicia (del latín “rótulos”- “cilindro”) del siglo XVI.

La picota o rollo representa una construcción de sillería granítica. Tradicionalmente se ha venido identificando el rollo con la picota, basándose sin duda en su similitud de funciones como símbolos de la justicia. Es más, dada la escasa documentación que hay sobre este tema, los historiadores tienden a dividirse entre los que apoyan esta unificación de funciones o los que ven en el rollo un símbolo del señorío y jurisdicción, mientras que la picota sería el instrumento en el que se exhibiría al delincuente y donde se ejecutarían los castigos menores. Se encuentra actualmente en un lateral de la plaza del pueblo e indicaba a los viajeros que Mirabel era una jurisdicción privada. Es una construcción de sillería granítica, consistente en una columna que alterna perfiles curvos y rectos, situada sobre gradas cuadradas y que sostiene una cruz formada por dos zapatas sobre la que se alza un remate.

Por tanto, consideramos que aunque en su origen no era su función, ya que nacieron como símbolos que marcaban la autonomía de las localidades cuando conseguían el rango de villa, acabaron sustituyendo a las picotas para exhibir a reos y ajusticiados ante los ojos del pueblo, como medida de escarmiento. Generalmente, se erigieron los rollos jurisdiccionales en el cruce de caminos, a la entrada de las poblaciones o en las plazas, para simbolizar el poder de los señores o de las villas de impartir justicia en nombre del rey. La finalidad de un rollo jurisdiccional en una población era simbolizar, avisar al forastero, del privilegio de Villazgo del que gozara.

El rollo sustenta una cruz florenzada que remata la picota. Consideramos que esta cruz de brazos torneados perteneció a un crucero del siglo XVII y fue colocada en el siglo XX sobre dicha picota.

Otro edificio señero que encontraremos en Mirabel es la vivienda de los administradores de los Marqueses de Mirabel, pues éstos tenían su palacio principal en Plasencia.

Es un edificio de dos plantas, construido en el siglo XVI, en mampostería y sillares de granito en las esquinas, puertas y ventanas. El primer cuerpo con puerta, tres ventanas y pasadizo; el segundo cuerpo con tres balcones, ventana y balconada. Puerta adintelada en cantería de grandes sillares y una ventana de cantería sobre la puerta.

En su fachada pueden verse tres escudos esculpidos en piedra granítica, pertenecientes a los Zúñiga y Sotomayor. Se complementa con un huerto amplio y otras construcciones anejas como caballerizas, establos, cocheras. También, en la base del edificio, un callejón cubierto con bóveda permite el acceso a dos calles. En una de las dependencias aún se conservan dos epígrafes romanos y restos de cerámica. En el patio se conservan piedras de molino, porque el palacio tuvo un lagar de aceite.

Destacamos algunos elementos decorativos como los pavimentos de las dos plantas. El suelo empedrado con guijarros que se agrupan formando figuras geométricas, que semejan hojas de palma.

Pero, la construcción castrense más destacada de Mirabel es su berroqueño castillo. En la carretera N-630 que conduce a Plasencia, se encuentra este baluarte defensivo en un escarpado cerro, concretamente en la Peña del Acero, próximo a la calzada romana de la Vía de la Plata.

El castillo, allí arriba, parecía más una ilusión que una realidad tangible. Se alzaba sobre la colina, imponente, casi desafiando la lógica, como si el terreno mismo se hubiera retorcido para ofrecerle una plataforma elevada donde reinar en solitario. Desde el pueblo, el castillo se veía en todo su esplendor, una silueta sólida y medieval recortada contra el cielo, con sus murallas de piedra envejecida y torres que se asomaban al horizonte como guardianes eternos de algún secreto ancestral. En la distancia, bajo la luz suave del atardecer, parecía estar al alcance de la mano, pero bastaba un solo vistazo a las empinadas laderas que conducían hasta él para saber que no lo era.

El camino para llegar hasta allí era una promesa distante, un desafío que solo los más decididos se atrevían a aceptar. Las sendas serpenteaban a través del bosque, cubiertas de maleza, entre rocas escarpadas y pendientes traicioneras. Cada paso hacia el castillo parecía un acto de voluntad pura, un esfuerzo que exigía más que simples piernas dispuestas a caminar, requería de una mente que se olvidara de la fatiga, que ignorara las cicatrices que deja la subida, y que aceptara que el verdadero premio no era solo el castillo, sino el esfuerzo de alcanzarlo.

Pero en el pueblo, desde las callejuelas estrechas y las plazas sombreadas por las casas de piedra, el castillo se presentaba como una especie de mito. Su presencia parecía tranquilizadora en la distancia, majestuosa en su quietud, como si su solidez fuera inquebrantable. Era el símbolo de un pasado lejano, un testigo de historias de nobles y luchas, pero al mismo tiempo una promesa de que el tiempo aún no lo había despojado de su dignidad.

Allí, en el pueblo, podías mirarlo desde las plazas, desde las ventanas de las casas, desde los tejados. Podías quedarte allí, bajo la sombra de una higuera, contemplándolo como quien mira una pintura antigua, un cuadro lleno de misterio y nostalgia. Sin embargo, sabías, en el fondo, que acceder a él no era cuestión de solo mirarlo desde la comodidad de la vida cotidiana, sino de enfrentarse al desgaste de una caminata que, por más que te atrajera, se resistía a ser conquistada. Como un desafío silencioso, el castillo estaba allí, esperándote, pero solo si tenías la determinación de superar las dificultades que la naturaleza misma le había impuesto.

Al final, el castillo no solo era difícil de alcanzar; su verdadera dificultad residía en el hecho de que solo aquellos que se atrevían a luchar por llegar a él podían decir que realmente lo conocían. Desde el pueblo, podía ser un sueño lejano. Pero acercarse a él era otro asunto. Un asunto de voluntad, de tiempo, de resistencia.

El castillo está construido con mampostería y ladrillo, en algunas zonas. El castillo formó parte en el Medievo de la línea defensiva fronteriza, no en vano desde el mismo se divisan al oeste el de Portezuelo, al este el de Monfragüe y al noroeste Galisteo. Su situación permitía el contacto visual con la Torre de Lucía en la fortaleza de Plasencia.

Este castillo roquero se alza sobre la parte más occidental de la serranía de Mirabel, dejando un breve portillo entre el baluarte y la más encumbrada sierra de su oriente; portillo que, además de facilitar el acceso al castillo, aísla a este tramo del resto de la sierra. En esta situación mejoraba el castillo sus ventajas estratégicas. Por el noroeste se acercaba a la Vía de la Plata, la vieja calzada romana que unía a León con la Bética; hacia el

este vigilaba mejor el portillo, que desde Mirabel permite enlazar, por Trujillo, con Medellín, Magacela y Benquerencia, para llegar a la lejana Córdoba, sede de los califas; y, finalmente, al oeste del castillo y bajo la fortaleza, se extiende la larga vaguada por la que actualmente pasa el ferrocarril en su camino de Talavera a Cáceres, uso actual que confirma las cualidades de esta ruta que antaño unió a las pueblas de la orilla norte del Tajo.

Sobre este castillo existe una leyenda, según la cual *“hallándose la famosa fortaleza en poder de los cristianos, fue atacada por los moros con mucho coraje, pero esta acometida de los infieles no tuvo éxito por la fuerte defensa que hicieron los cristianos aprovechando también el inexpugnable emplazamiento del castillo. Ante la imposibilidad de su conquista, los moros decidieron sitiaria para obligarles a su rendición sin condición alguna. Pasados varios días la situación del cerco se iba haciendo insostenible por la carestía de medios. Llegó un momento en el que los sitiados solamente disponían de trece panes para alimentarse. Los que se habían comportado como héroes dispuestos a todos los sacrificios, se amotinaron y exigieron al jefe de la defensa el reparto de las provisiones. Considerándose este jefe impotente para reducirlos, lanzó los trece panes al campo enemigo, ante el asombro de cuantos lo contemplaban. Los moros, al ver caer sobre ellos esta lluvia de panes, pensaron que los defensores del castillo disponían de víveres suficientes para resistir hasta que llegaran los refuerzos que esperaban. Varias horas después, levantaron el asedio”*. En memoria de aquel episodio, en el transcurso de los siglos, los Marqueses de Mirabel han venido concediendo a trece pobres de la villa, en el aniversario de aquel suceso, trece panes y otros recursos para cubrir sus necesidades. Hecho constatado en el blasón, que todavía

aparece esculpido en la clave de las dovelas que componen el arco de la puerta principal de una vivienda, que fue palacio de los Marqueses de Mirabel.

Fue una fortaleza musulmana y reconquistada y reedificada por las tropas del rey Fernando III, quedando desde aquella época como aldea de la jurisdicción de Plasencia.

En el año 1442 tomó posesión del castillo don Pedro de Estúñiga. Don Francisco de Estúñiga, nieto del anterior, heredó el señorío de Mirabel. Los restos conservados del castillo corresponden, precisamente, a este momento. Fueron los Zúñiga los que realizaron importantes reformas en el castillo durante la segunda mitad del siglo XV y primeros años del siglo XVI.

Caminamos de regreso por una calle estrecha, de esas que obligan a los hombros a rozarse con las paredes. Un hombre mayor, sentado en una silla coja, nos miró de soslayo, como si adivinara que éramos forasteros. No dijo nada, pero su mirada cargaba el peso de una conversación que nunca tendría lugar.

El sol ya se había rendido cuando llegamos al coche, y la penumbra se fue colando por las esquinas del pueblo. Mirabel nos despedía con su indiferencia, como si el hecho de habernos recibido no mereciera mayor mención. Era un pueblo que no te retenía ni te expulsaba, un pueblo hecho de piedra y silencio, que existía no para ser visitado, sino para recordar que la eternidad está hecha de lugares así: olvidados, intactos, eternamente ellos mismos.

Encendí el motor, y mientras dejábamos atrás las últimas casas, me volví para mirar una vez más. Allí seguía, inmutable, como un soldado cansado que se aferraba a su puesto. No puedo evitar pensar que, quizás, Mirabel nunca había estado realmente viva, pero tampoco muerta. Simplemente... era.

Mirabel es eso, la memoria de un lugar que sobrevivió al tiempo sin cambiar su esencia. Piedra sobre piedra, siglo tras siglo, aquí sigue, resistiendo. Como una cicatriz que no se borra, como una huella que el viento nunca pudo arrastrar del todo.



Mirabel desde el castillo



La iglesia parroquial



Detalle del Ecce-Homo, siglo XVII



La Virgen de la Jarrera, siglo XVI



Retablo mayor, 1730-1740



Palacio de Mirabel



Castillo de Mirabel



Castillo sobre la peña del Acero



Coronamiento de la Picota

2.- Serradilla

Oí hablar de un pueblo que dista tan solo 10 km, un pueblo perdido en uno de esos lugares donde el tiempo se detuvo. Allí, en la penumbra de una iglesia conventual, reposa el Cristo milagroso, una talla de madera oscura y gastada por las súplicas de generaciones.

No hay cartel ni anuncio que lo pregone. Solo un par de puertas de roble macizo, desgastadas por el roce de manos callosas, y la certeza, transmitida de boca en boca, de que algo especial ocurre en ese rincón olvidado de Dios. Dicen que su rostro de mirada severa se ha alzado contra sequías, pestes y desgracias. Y aunque no faltan los descreídos que atribuyen los prodigios a la casualidad, los fieles aseguran que el Cristo escucha y responde, siempre a su modo, siempre con ese aire misterioso que envuelve lo sagrado. El llamado “Santísimo Cristo de la Victoria”, es una talla del escultor madrileño Domingo de Rioja, quien lo esculpió bajo encargo de la beata Francisca de Oviedo en 1635, es un Cristo triunfal, de mirada bondadosa.

La iglesia, construida en la segunda mitad del siglo XVII, está custodiada por un puñado de monjas ancianas, mujeres tan austeras como la piedra del lugar. Son de ese tipo de religiosas Agustinas Recoletas que no sonríen ni aunque se lo pida el Papa, recias como sierras y discretas como espías. Mantienen el templo en un silencio que se siente casi hostil, como si cualquier palabra fuera una profanación. Ellas se encargan de velar al Cristo, de limpiar la capilla y de encender las velas que iluminan apenas su figura, dejando el resto

en una penumbra estratégica que parece diseñada para alimentar la fe y el miedo en partes iguales.

Los días de procesión, cuando lo sacan del convento y lo llevan por las calles polvorientas, el pueblo entero se arrodilla. Es un espectáculo a medio camino entre la devoción sincera y el teatro. Pero lo que ocurre en esas horas de fervor no admite dudas: las plegarias brotan con una intensidad que electriza el aire, como si las almas de los vivos y los muertos se unieran en una sola voz.

Tal vez todo sea un cuento, un eco de leyendas que han sobrevivido demasiado tiempo. O tal vez no. Pero, si uno escucha con atención, en el silencio de esas noches sin luna, parece oírse el susurro de un milagro guardado bajo llave, esperando al próximo valiente que se atreva a creer.

Tras salir del convento, nos apresuramos a visitar la iglesia parroquial, antes de su cierre. También conserva maravillas escultóricas y pictóricas, como una imagen de la Asunción de María, considerada una de las mejores obras de Carmona así como todo un referente del barroco extremeño, la talla sirvió de modelo para la Virgen custodiada en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Villanueva de la Serena, obra de Sebastián Santos Rojas.

Allí, un viejo hombre sentado en un banco, me contó que Serradilla es un rincón donde la historia se mezcla con la leyenda, donde el viento sabe susurrar secretos de antaño a los que se atreven a escuchar. Y entre las piedras polvorientas y las sombras de encinas viejas, se alza una figura venerada, que, dicen, tiene el poder de curar, de proteger y, en ocasiones, de maldecir.

El Cristo de Serradilla, tallado en madera con la austeridad de la tierra que lo vio nacer, guarda en su

mirada un misterio que los siglos no han podido disipar. Es una figura de seriedad serena, un rostro que refleja una dolorosa dignidad. La historia de su origen es, como todas las buenas leyendas, incierta, ambigua, tejida entre la realidad y la superstición. Se dice que en tiempos remotos, cuando la guerra asolaba el imperio y los hombres se desangraban por la tierra, un soldado herido encontró, en un rincón perdido de la sierra, esta imagen de Cristo. Con los ojos enrojecidos de tanto dolor, aquel hombre, aún tiritando de fiebre, juró que nunca olvidaría ese rostro, esa imagen que parecía entender su sufrimiento.

Pasaron los años, y la historia del Cristo de Serradilla se tejió con el destino del pueblo. Algunos afirman que fue un milagro el que se produjo aquella noche de tormenta, cuando la lluvia torrencial caía sin cesar y el pueblo, en su desesperación, pidió ayuda al Cristo. Se cuenta que al amanecer, el agua había desaparecido, la tierra estaba seca y el sol brillaba más que nunca. El milagro fue tanto que desde entonces, los habitantes de Serradilla veneraron al Cristo, no sólo como un símbolo de fe, sino como un guardián.

Pero la leyenda también tiene su sombra. Porque el Cristo de Serradilla no es un dios manso. En ciertas noches, cuando el viento se levanta y el silencio del pueblo es absoluto, algunos aseguran haber escuchado un susurro en la penumbra. Un susurro de advertencia, un susurro que llega a los oídos de aquellos que han transgredido las reglas no escritas del pueblo. Aquellos que buscan el favor del Cristo con malas intenciones, que se acercan con el deseo de imponer su voluntad sobre la de los demás, sienten su mirada fría, llena de un juicio implacable.

Y así, como las viejas leyendas, esta historia sobrevive. No hay quien la pueda verificar ni desmentir, y sin embargo, todos la creen. Porque en Serradilla, el Cristo no es solo una imagen de madera, sino un testigo mudo de las pasiones humanas, un recordatorio de que hay poderes en el mundo que escapan a la comprensión, y que, a veces, el precio de un favor divino es mucho más alto de lo que cualquier mortal está dispuesto a pagar.

En esta población la historia no es cosa de libros ni de museos, sino de piedras vivas que siguen cumpliendo su oficio, tan tercas como las gentes que allí habitan. En este rincón perdido entre cerros y campos de secano, todavía manan fuentes romanas. Sí, romanas, como la Fuente del Campillo, que se ubica en la parte alta del casco urbano de Serradilla, junto a la ermita de Santa Ana, con el agua saliendo limpia y tozuda de los mismos caños que los ingenieros de la vieja Roma pusieron en pie cuando el Imperio era joven y los bárbaros aún no sabían que algún día partirían el mundo en pedazos.

Están ahí, al final de un camino que susurra con el viento seco de la sierra. No hay carteles ni rutas turísticas que las señalen. Solo las conoce el pastor que lleva el rebaño y la vieja que llena el cántaro en la tarde. Las fuentes, de piedra gastada y musgo pegado como un tatuaje, escupen agua fresca y constante, como si no les pesaran los siglos ni los cambios.

La gente del pueblo les tiene un respeto callado, casi supersticioso. Saben que esas piedras han visto más historia que cien libros, que han calmado la sed de legionarios con cascos relucientes, de mulas cargadas de grano y de muchachas que venían a llenar los cántaros mientras sus risas llenaban el aire de vida. Ahora las risas son pocas y los cántaros han sido sustituidos

por garrafas de plástico. Pero el agua sigue allí, tan pura como siempre, como si el tiempo no pudiera tocarla.

Cuentan, porque en estos sitios siempre hay algo que contar, que en el fondo de una de las fuentes hay monedas romanas, arrojadas por soldados que pedían a los dioses fortuna en la guerra. Otros dicen que bajo una de ellas hay un pasadizo secreto que lleva a ninguna parte o quizá al corazón de la leyenda. Los niños del pueblo las miran con la fascinación de los que aún no entienden del todo qué significa tener siglos sobre los hombros.

Las fuentes no hablan, pero si lo hicieran, podrían contar historias de imperios que cayeron, de generaciones que pasaron y de cómo, al final, lo único que queda es el agua y la piedra. Esas cosas simples y eternas que, como el pueblo, parecen haber hecho un pacto secreto con el tiempo para resistir, tercas y silenciosas, como si supieran que siempre estarán ahí cuando todo lo demás se haya ido.

Aquí de Serradilla era natural “El Cabrerín”, ese bandolero cuya leyenda teatralizada hemos tenido el gusto de conocer durante nuestro viaje en el barco por el río Tajo. Se llamaba Juan Morales, y era el bandolero más temido de la comarca de Monfragüe, hacia nos dirigiremos ahora.

Pero, no sin antes, relatarles la leyenda que hemos conocido en el barco.

En las noches serenas de Monfragüe, cuando la luna llena ilumina las encinas y el viento arrastra el eco lejano de los lobos, los más viejos del lugar aún cuentan la leyenda del Cabrerín, el bandolero que hizo de estas tierras su reino y de la sierra su cómplice.

Dicen que el Cabrerín no nació malo, aunque en la Extremadura de su tiempo no hacía falta mucho para

que un hombre decente terminara torcido. Hijo de pastores, creció en los riscos y los montes, cuidando cabras y aprendiendo los caminos secretos que ningún mapa ha sabido dibujar. Era ágil como un lobo, con unos ojos oscuros que parecían ver más allá de las montañas, y una sonrisa que, dicen, podía desarmar hasta al más recio de los guardias civiles.

El destino lo torció joven. Unos dicen que fue por amor, otros que por hambre, pero el caso es que un día tuvo que echarse al monte después de darle un mal fin a un cacique que quiso aprovecharse de su hermana. A partir de entonces, el Cabrerín fue perseguido, y Monfragüe se convirtió en su refugio. Allí, entre peñascos y jarales, empezó su vida de bandolero.

Lo curioso del Cabrerín, cuentan, es que robaba con un extraño sentido del honor. Nunca a los pobres, nunca a los pastores que, como él, luchaban por arrancarle algo a la tierra seca. Sus golpes eran certeros, siempre dirigidos a las diligencias de los poderosos o a los arrieros que trabajaban para los señoritos de la capital. Se decía que tenía un código, algo raro en los hombres de su condición: compartir el botín con los que tenían menos. Así, los campesinos le escondían y las mujeres le dejaban pan y queso en las cuevas donde se refugiaba.

Pero, como toda leyenda, la historia del Cabrerín tiene su dosis de tragedia. La Guardia Civil, que no era ni generosa ni ciega, le siguió la pista durante años, hasta que un delator, tentado por el dinero o el miedo, reveló el escondite del bandolero. Fue una tarde, junto al Salto del Gitano, donde las águilas planean sobre el Tajo y las sombras caen largas y profundas.

El Cabrerín peleó hasta el final, dicen. Con su trabuco y su cuchillo, se defendió como un animal acorralado.

Pero las balas de los guardias fueron más rápidas que su valor, y allí quedó tendido, su sangre tiñendo la roca y el agua del río. Cuentan que, al morir, las águilas bajaron en silencio, como si Monfragüe entero entendiera que había perdido a uno de los suyos.

Desde entonces, hay quien asegura que en las noches de luna llena se puede escuchar el eco de su risa entre los riscos, o ver una sombra ligera moverse entre las encinas. Los pastores dicen que es el Cabrerín, que aún recorre los montes que fueron su hogar, vigilando que los poderosos no se atrevan a volver a robarle al pueblo.

Y aunque pocos lo admiten abiertamente, hay quien deja una hogaza de pan o un poco de vino en las cuevas de Monfragüe, no vaya a ser que la leyenda sea más cierta de lo que parece, y el Cabrerín aún ande rondando, con su trabuco al hombro y su sonrisa desafiante.

Parte del término municipal de Serradilla está en el Parque Nacional de Monfragüe, concretamente a Serradilla pertenece la pedanía de Villarreal de San Carlos, donde se celebra anualmente la FIO (Feria Internacional de Turismo Ornitológico). En Monfragüe, ese paraíso salvaje que parece arrancado de otro tiempo, el cielo es un escenario vivo donde se despliega una de las mayores maravillas de la naturaleza: las aves. Aquí no son solo parte del paisaje, sino protagonistas indiscutibles, guardianas del silencio y del viento que acaricia la sierra.

La más emblemática, por supuesto, es el buitre negro. Verlo planear es un espectáculo que roza lo mítico. Sus alas, amplias como velas de un barco antiguo, surcan las alturas con una majestad casi solemne. Pero no está solo: a su lado, los buitres leonados parecen formar escuadrones en perfecta sincronía, aprovechando las corrientes térmicas que ascienden desde el cañón del Tajo.

Y luego está el águila imperial ibérica, una joya que convierte este parque en algo más que un refugio: un santuario. Con su vuelo poderoso y su mirada incisiva, es la reina indiscutible del aire, un recordatorio de que hay cosas en este mundo que merecen ser protegidas a toda costa.

Si bajas la mirada de las cumbres, también encontrarás maravillas más discretas. Los alimoches, con su plumaje blanco y su pico amarillo, parecen monjes errantes en busca de algo perdido. Más abajo, las cigüeñas negras, menos frecuentes que sus primas blancas, anidan en las zonas más recónditas, como si solo quisieran ser vistas por quienes sepan buscar con paciencia.

Pero no todo es grandeza. Las golondrinas y vencejos pintan el cielo con sus acrobacias, y el martín pescador, con su relámpago azul, aparece fugaz junto al río, un destello que deja sin aliento al que tiene la suerte de verlo.

Monfragüe es eso, un mosaico donde las aves no solo viven, sino que definen el alma del lugar. Y al escucharlas, ya sea el ulular del búho real en la noche o el grito lejano del halcón peregrino, uno no puede evitar sentir que aquí, en este rincón de Extremadura, la naturaleza aún tiene algo que decirnos.

En Monfragüe podemos visitar las cuevas del arroyo Barbaón y la del Castillo, con sus pinturas rupestres, este abrigo rocoso es una verdadera joya prehistórica. La Reserva de la Biosfera de Monfragüe alberga en sus sierras numerosas cuevas y abrigos en los que se han encontrado muestras de arte rupestre desde la época Epipaleolítica, hace unos 9000 años, hasta la Edad del Hierro, hace unos 2.500 años.

Y, de todas ellas, la más importante y la única visitable durante todo el año es la Cueva del Castillo, que

además tiene en Torrejón el Rubio su propio Centro de Interpretación del Arte Rupestre. Mientras recorremos sus 10 metros de profundidad, podremos observar pinturas antropomorfas (con variadas formas humanas), zoomorfas (formas de animales) e ideomorfos (figuras esquemáticas como barras y puntos) pintadas con las manos o usando pequeñas ramas o pinceles. Gracias a ellas podremos descubrir cómo vivían y se organizaban las tribus de cazadores-recolectores que ya poblaban el territorio de la Reserva de la Biosfera hace milenios.

Si las cuevas están cerradas, podemos visitar en la cercana población de Torrejón el Rubio el Centro de Interpretación, que está formado por cuatro chozos y cada uno de ellos desarrolla una temática. En el primer chozo puedes conocer las pinturas rupestres de Monfragüe o la técnica pictórica, en el segundo, puedes conocer cómo eran las viviendas del Neolítico. El tercer chozo te acercará a la Edad del Bronce, donde conocerás las piedras estelas y en el último te explicarán cómo se lleva a cabo la realización de las pinturas rupestres.

Conocer este centro es el complemento ideal a la visita de la Cueva del Castillo para así entender mejor la vida de los seres humanos que plasmaron su arte y sus creencias en las paredes de este abrigo. Una de las joyas del arte rupestre europeo.

Tras finalizar la visita a Monfragüe, por la carretera EX 208, nos dirigimos hacia Trujillo, donde finalizará nuestro recorrido.

Durante los casi 40 kilómetros que separan ambas poblaciones, disfrutaremos de la dehesa extremeña. Lo que vamos a ver no es un paisaje; es carácter. Es el alma de una tierra que lleva siglos resistiéndose al tiempo y a los hombres. No hay lugar más honesto: encinas y al-

cornoques que se alzan como viejos centinelas, el horizonte abierto y sin adornos, y una calma áspera que te mira de frente, sin disfrazarse.

Aquí todo tiene un sentido que escapa a los turistas que solo ven en la dehesa una postal pintoresca. La encina, por ejemplo, no es solo árbol; es madre y refugio. Bajo su sombra crecen las mejores bellotas, esas que engordan cerdos negros como la noche, que se mueven lentos, como si supieran que su destino no tiene prisa. Porque de esas bellotas nacerá el mejor jamón del mundo, algo que ni un emperador romano ni un gourmet moderno se atrevería a discutir.

Pero la dehesa es mucho más que el cerdo ibérico. Es el trabajo de generaciones que aprendieron a respetar la tierra y a sacarle lo justo, sin avaricia. Los pastores guían sus rebaños como lo hacían sus abuelos, con un silbido, un bastón y la paciencia que solo da el oficio aprendido desde niño. Las ovejas merinas pastan tranquilas, sabiendo que su lana, suave y preciada, viajará más lejos de lo que cualquier pastor podría imaginar.

El aire de la dehesa tiene algo especial, una mezcla de tomillo, romero y jara que parece envolverlo todo. Y cuando el sol cae, pintando el cielo de un rojo imposible, se escucha el canto de las aves y el murmullo del viento entre las hojas. Es un silencio lleno de vida, de historias que no están escritas pero que se sienten en los surcos de la tierra y en las cortezas de los árboles.

La gente que vive aquí es como la dehesa: dura, pero noble. No te sonríen a la primera, ni falta que hace. Pero si te ganas su respeto, te lo dan todo. Son hombres y mujeres que entienden que la riqueza no está en el brillo de lo nuevo, sino en la raíz profunda de lo que permanece.

Y es que la dehesa no tiene prisa. Sus encinas llevan siglos creciendo despacio, con una paciencia que los

humanos olvidamos. Quizá por eso, cuando caminas entre ellas, sientes algo que no puedes explicar del todo. Como si la dehesa supiera más de la vida que tú. Y quizá sea verdad.

Ya divisamos Trujillo, ciudad noble y antigua, que se alza sobre su colina de granito como un libro abierto donde el tiempo ha escrito con cal y piedra las páginas de su historia. Cada rincón de este lugar parece guardar el eco de los siglos, como si las campanas de sus iglesias y los muros de sus palacios todavía hablaran de conquistas, viajes y sueños de ultramar.

Los orígenes de Trujillo se pierden en la nebulosa de los tiempos prerromanos, cuando los vetones levantaron aquí sus primeras defensas. Luego llegaron los romanos, que hicieron de estas tierras un paso estratégico en sus calzadas. Y tras ellos, la oscura noche de los visigodos y los árabes, que dejaron en Trujillo su huella profunda: el alcázar, que aún domina la villa, y el trazado intrincado de las calles de la Villa, como si cada piedra buscara proteger un secreto.

Pero sería en la Reconquista cuando Trujillo comenzó a escribir sus capítulos más gloriosos. El 25 de enero de 1233, la cruz se alzó sobre el castillo, y la ciudad volvió al regazo cristiano. Desde entonces, el Renacimiento floreció en estas tierras con una fuerza singular. No en vano, aquí nacieron hombres como Francisco Pizarro y Francisco de Orellana, Diego García de Paredes o Francisco de las Casas, que llevaron el nombre de Trujillo hasta los confines del mundo.

El arte de la ciudad es un testimonio vivo de su grandeza. En la Plaza Mayor, una de las más bellas de España, el bronce de la estatua de Francisco Pizarro parece cobrar vida bajo el sol, mientras a su alrededor los palacios del Marqués de la Conquista y de los Duques de San

Carlos, y los escudos labrados en piedra cuentan historias de linajes y conquistas. Las iglesias, como Santa María la Mayor o San Martín de Tours, elevan sus torres hacia el cielo con la solemnidad de la fe antigua. Dentro, los retablos de madera dorada y las pinturas renacentistas parecen suspender el tiempo, recordando a quien entra que este lugar fue alguna vez el corazón de un mundo en expansión.

Pero Trujillo no vive solo de su pasado. Caminar por sus calles empedradas, detenerse a escuchar el sonido de una fuente en un rincón sombreado o sentir la brisa que viene de las dehesas cercanas, es entrar en una ciudad que ha aprendido a ser eterna. Aquí, la historia no es un peso muerto; es un susurro que acompaña cada paso, una memoria viva que se mezcla con la vida cotidiana.

Y es que Trujillo, con su aire de eternidad y su alma de frontera, no es solo un lugar. Es un viaje en el tiempo, un encuentro con lo que fuimos y, quizá, con lo que aún podemos ser.

Aquí, en Trujillo, finaliza aquel viaje que había comenzado con el rumor del agua contra la madera del casco, en un barco que cortaba el río como un cuchillo perezoso. Fue un paseo lento, casi introspectivo, donde el mundo se reflejaba invertido en la superficie tranquila del agua. Los remolinos parecían pequeñas dudas, las orillas apenas un susurro. Todo se movía con esa calma que tiene el tiempo cuando no parece contar.

Desde allí, la ruta nos llevó tierra adentro, dejando atrás la humedad del río por el polvo de los caminos. Eran senderos antiguos, trazados por generaciones que vivieron y murieron sin cambiar el paisaje más que lo justo para sobrevivir. El aire seco olía a encina, a piedra caliente, y el horizonte se llenaba de jaras y dehesas, de sombras cortas bajo un sol que parecía decidido a re-

cordarnos lo pequeño que es un hombre frente a estas tierras. Hemos visitado poblaciones históricas como Mirabel, Serradilla o Torrejón el Rubio.

El último tramo fue cuesta arriba, como si Trujillo quisiera ganarse el derecho a ser vista. El primer indicio de su grandeza apareció en las torres que coronan la colina, desafiando el cielo con la terquedad de quien lleva siglos esperando. Luego, al entrar por las calles empedradas, uno no podía evitar pensar en todas las botas de soldados, las sandalias de viajeros y los pasos apresurados de aquellos que la recorrieron antes, dejando en cada piedra un rastro invisible de sus vidas.

Y entonces, la plaza. Ahí está, como una emboscada que te sorprende al doblar una esquina. Amplia, solemne, cerrada por los palacios y las iglesias que parecen mirarte desde arriba con una mezcla de orgullo y resignación. En el centro, la figura de Pizarro, montado en su caballo, parece aún más grande de lo que es. Su sombra cae larga en el adoquinado, como si el conquistador supiera que su nombre pesa más que su bronce.

El atardecer tiñe de rojo las fachadas de piedra y el aire comienza a enfriarse. La plaza se llena de ecos: una conversación que viene de una terraza, el tintineo de una copa, el grito de un niño que corre. Pero, de algún modo, el tiempo parece haberse detenido. Quizá porque aquí, en este rincón del mundo, uno siente que todo lo vivido cobra sentido.

El viaje termina, sí. Pero no con la sensación de haber llegado, sino con la certeza de que algo de Trujillo, de su historia y su silencio, se queda dentro, como un polvo que no puedes sacudirte. Al final, uno no abandona la plaza. La plaza te deja ir, con la misma calma con la que empezó todo, allá en aquel barco sobre el río.



Convento de Serradilla



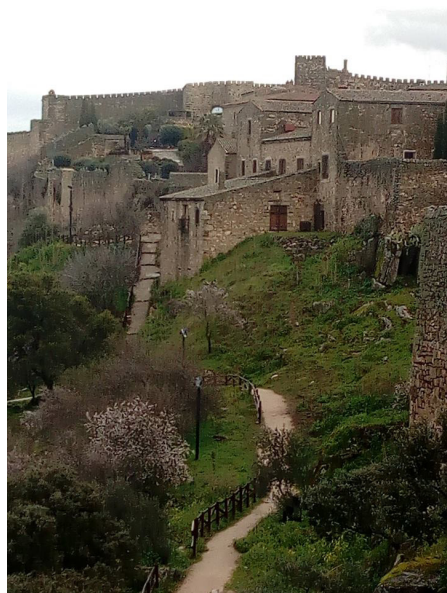
Fuente de Serradilla



Santísimo Cristo de la Victoria



La Villa medieva



La muralla de Trujillo.



Castillo de Trujillo



Plaza Mayor de Trujillo

